

VISTO Y OIDO

Se salvó por unos versos

por PREMIANI



Los MÉDICOS INDIOS NAVAJOS

ASISTEN A SUS ENFERMOS EN CHOZAS QUE NO CONTIENEN MÁS QUE UNOS DIBUJOS CABALÍSTICOS en el SUELO. HACEN DESCIFRAR A SUS ENFERMOS TALES DIBUJOS, Y NO LES PRACTICAN OTRA CURA.



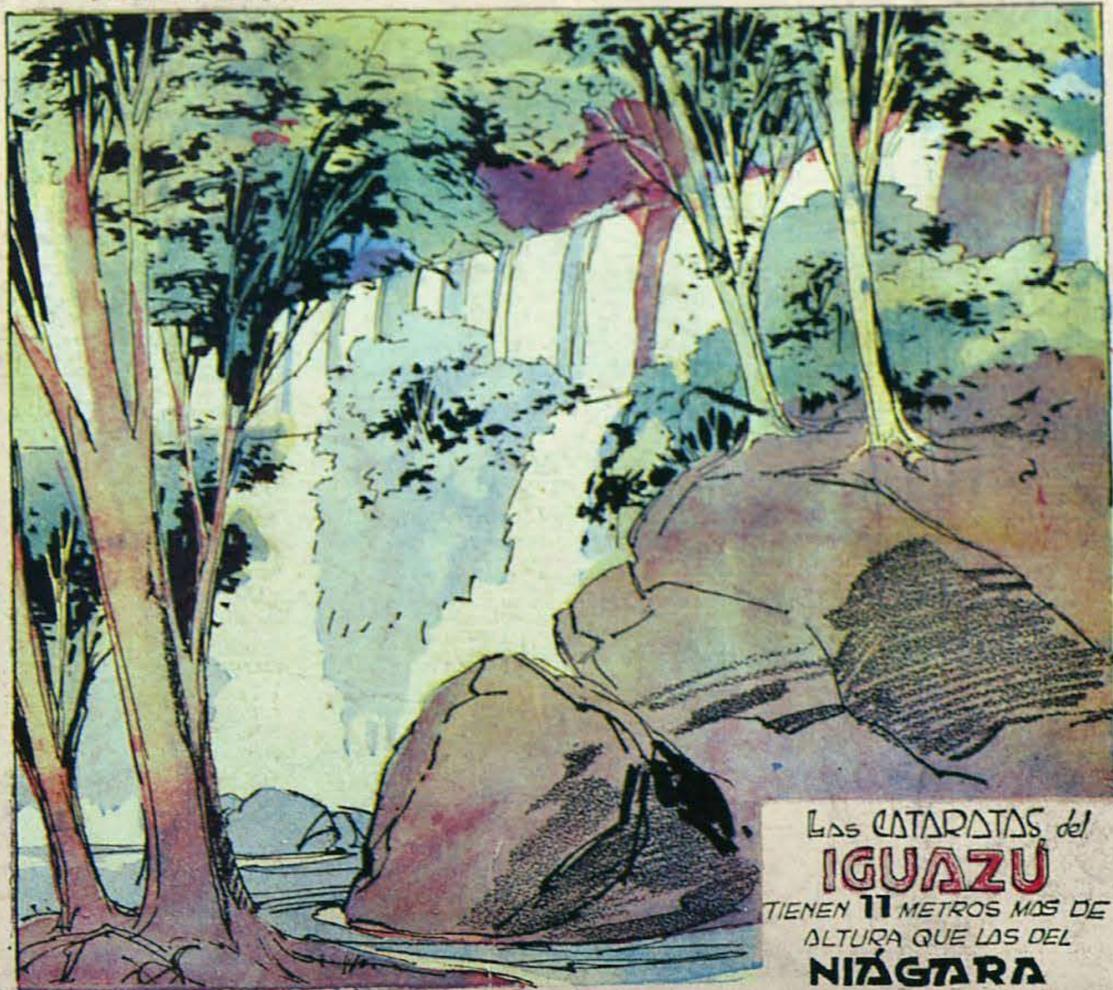
FRANÇOIS DE VILLÓN, uno de los más GRANDES POETAS FRANCESES. ESTUVO CONDENADO A MUERTE por HOMICIDIO, Y SE SALVO EN GRACIA por UNOS VERSOS MAGNIFICOS.



La CONVENCIÓN FRANCESA HIZO SACAR del PANTEÓN los RESTOS DE MIRABEAU Y PONER los de MARAT. EN 1795 SE SACARON los de MARAT y se RESTITUYERON los de MIRABEAU.



De 1816 a 1821 SE JUGÓ en BUENOS AIRES la LOTERÍA DE LAS HERMANAS de CARIDAD. CON UN PREMIO MAYOR de 300\$. VENDIAN en las ESQUINAS los BILLETES UNOS DESOCUPADOS que SE LLAMABAN LOTEROS. LOS BILLETES ESTABAN ESCRITOS A MANO. LA LOTERÍA SE SORTEABA los MARTES en la PLAZA VICTORIA.



Las CATEDRAS del IGUAZU TIENEN 11 METROS MÁS DE ALTURA QUE LAS DEL NIÁGARA

Junto a un Medio Litro

EN un café en el centro de la ciudad. Tarde de verano. Ricardo Barrios y Arturo Lager discuten acaloradamente cerca de la vidriera. Algunos parroquianos los miran. Sobre la mesa hay dos medios litros.

Lager. — No aice la voz... Hágame el favor. Si usted grita, yo también gritaré y entonces...

Barrios. — Yo no grito. Es usted que grita. Yo sólo quiero decirle que...

Lager. — No se altere. A mí me conocen en este café y no me gusta dar espectáculo.

Barrios. — A mí tampoco. Nos hemos reunido para conversar serenamente. Así que...

Lager. — Será medio difícil esto.

Barrios. — Sí; después de lo ocurrido: Lo confieso. Pero tratemos de hacerlo. ¿No podemos hacerlo?

Lager. — Veremos.

Barrios. — (Retirando su medio litro y apoyando ambos codos sobre la mesa). Ve, Lager: Era necesario que habláramos porque quiero decirle una cosa: Yo no estoy dispuesto a hacer ninguna locura. ¿Sabe usted? ¿Me comprende usted?

Lager. — Explíquese. Pueda ser que así lo entienda.

Barrios. — Yo podría matarlo a usted.

Lager. — (Con absoluta serenidad). Hágalo.

Barrios. — Escúcheme, se lo ruego. Podría matarlo como a un perro...

Lager. — A través. Aquí estoy.

Barrios. — (Revolviéndose en su asiento y luchando por dominar su nerviosidad). Ve, Lager, ve... Ya le he dicho que he decidido no hacer ninguna locura ¿sabe? Podría matarlo a usted. A los dos juntos. Tres balas para usted y tres para ella. Pero no, no. No estoy dispuesto ¡me oye! (Echándose de nuevo sobre la mesa y estrujando el busto hacia su interlocutor). No estoy dispuesto, en modo alguno, a perderme.

Lager. — ¿A perderse?

Barrios. — Sí; a perderme. A perder mi vida por ustedes dos. Si usted cree, si ustedes dos creen que voy a hacer lo que hacen todos, a matarlo a usted o a herirlo y a podrirme luego en la cárcel, se equivocan. Se equivocan ella. (Se queda mirando a Lager fijamente, como esperando su respuesta, mientras su boca se tuerce con una sonrisa de odio. Hay un silencio).

Lager. — ¿Qué puedo pensar de usted? Más bien dicho, ¿qué puede pensarse de usted?

Barrios. — Piense lo que usted quiera.

Lager. — Es que sólo hay un calificativo para la gente que obra como usted obra ahora.

Barrios. — ¿Cuál?

Lager. — Ser un cobarde.

Barrios. — (Vuelve a revolverse en su asiento). Ve, Lager. Es inútil. Ya se lo he dicho. Es inútil que intente usted hacerme salir de mis casillas. Soy un hombre inteligente ¿sabe usted?

Lager. — No lo niego. Inteligente y cobarde.

Barrios. — (Casi con un grito) ¡Como usted quiera! Pero prefiero aparecer cobarde ante usted y tener la seguridad de que por dos miserables criaturas, como usted y ella, no he de arruinar mi vida.

Lager. — ¿Puede decirme, entonces, para qué me ha llamado? ¿Para qué quería usted hablar conmigo?

Barrios. — Para decirle lo que acaba de oír. Y para decirle, también, que puede llevarse usted a Elisa cuando guste. Mi mujer para mí ya no significa nada, nada. Una vez la quise. No lo niego. Pero hace ya tiempo que dejé de quererla y ahora me es igual. Me es igual que no me quiera. No la necesito ¿sabe? He llegado a la conclusión que ella no significa nada en mi vida. Un día estuve, yo también, por hacer una locura. Fue cuando descubrí que no me quería. Le digo estas cosas para que usted comprenda que no me quita nada. Allí está ella. En vez de hacer las cosas encubiertas, háganlas ustedes públicamente. Es suya. Llévesela usted.

Lager. — ¿Yo?

Barrios. — Sí; usted.

Lager. — (Confuso). ¿Yo? ¿A su mujer? ¿A la mujer que usted un día amó y a quien confió su honor y su vida, a quien sin duda sigue queriendo todavía?... (Recuérdense). Es raro. Y eso que usted tiene fama de ser un hombre anormalmente celoso y malo.

Barrios. — Así es.

Lager. — ... Incapaz de soportar las burlas de sus amigos. Porque todo el mundo sabe que ella y yo... Vámonos, vámonos. Todo el mundo se reirá de usted. (Cambiando el tono de su voz y presa, súbitamente, de cierto desasosiego). Su mujer...

Barrios. — ¿Qué?

Lager. — (Con un gesto de honda preocupación). ¿Así que ésta es la solución que usted da al hecho de que un amigo suyo...

Barrios. — ¿Amigo?

lones no sabría qué hacer. Es que siento el vacío de todo ¿me comprende? La inutilidad, el vacío, la angustia de todas las cosas y me ahogo. Hay veces que golpearía mi cabeza contra las paredes hasta morir. Pero soy un cobarde. Usted no sabe qué cosa horrible son el silencio y las noches para mí. Cuando el pensamiento empieza a hilar ideas y más ideas. Por eso busco la muerte, el peligro. Elisa era el peligro, la ocasión propicia... Vi que accediendo a sus ruegos, a sus deseos, me creaba una situación peligrosa y que usted, que tiene fama de malo y celoso, me mataría. Por eso entré a su casa y acepté a Elisa. Por eso no me he ocultado ni de usted ni de nadie, y he hecho las cosas a la vista de todo el mundo, expreso para que usted se enterara. Aunque ella me pedía temblando que fuéramos discretos y que no nos perdiéramos. Pero yo no quiero a Elisa, Barrios. Su mujer no me importa. Creo, sí, que ella me ama. Lo único que me importa a mí es terminar, dejar de vivir en una u otra forma.

Barrios. — (Después de un silencio). Está bien su historia. Pero ¿para qué me cuenta usted a mí esas cosas? ¿Cree que por eso deja de ser usted un canalla? ¿Qué me interesa a mí usted ni ella ni sus ganas de morir?

Lager. — Sí. Lo sé.

Barrios. — ¿Dice usted que ella lo quiere? ¿Ella se lo dijo? (Sonríe con sarcasmo).

Lager. — Creo que me quiere. Cuando una mujer le dice a uno que lo quiere, lo único que se puede hacer es creerle ¿verdad? Creer... No sé si podrá hacerlo ahora. No sé qué hará. No sé nada. Cuando ella venga ahora...

Barrios. — ¿Aquí? ¿Elisa?

Lager. — Sí. No se lo dije a usted desde el principio porque creí que las cosas ocurrirían de otro modo. Vendrá, sí. Conviene con ella, después que me rogó mucho, para encontrarnos aquí cuando supe que usted quería hablar conmigo. Ella quería aclarar las cosas. Dijo que está dispuesta a seguirme hasta el fin del mundo. Quería, sí, era necesario, decirle ella misma. (Con una sonrisa dolorosa) Pero lo notable es que yo esperaba que al venir ella aquí, sólo encontraría un cadáver, el mío.

Barrios. — (Después de un instante de vacilación. Levantándose). Bien. Me voy. Es mejor... No quiero ver a Elisa.

Lager. — ¿Me deja usted ahora, Barrios?

Barrios. — ¿Y qué quiere que yo haga? Comprenda usted... Una mujer esbelta, de regular estatura, de ojos profundos y grandes y ademanes delicados, avanza algo coartada hacia la mesa. Al verla, Lager se levanta.

Lager. — (Ofreciéndole una silla que ella acepta). Siéntese. (Barrios toma asiento nuevamente).

Elisa. — (Después de un silencio tirante, con voz baja pero firme). ¿Han hablado ustedes ya?

Lager. — Sí.

Elisa. — (Dirigiéndose a Barrios). ¿Y qué dices tú, Jorge?

Barrios. — Lager sabe ya lo que yo he dicho.

El mozo. — (Acercándose). La señora ¿qué toma?

Elisa. — Este...

Barrios. — Nada. No traiga nada. Ya nos vamos. ¿Cuánto es esto? Dos medios litros... (Paga y el mozo se lleva los dos becks de cerveza casi llenos).

Elisa. — ¿Te vas?

Barrios. — Sí. Yo me voy. Ya hemos hablado. Y si hay algo más que hablar, salgamos de aquí. Hagámoslo en la calle, en otra parte.

Lager. — ¿A dónde van?

Barrios. — No sé. Yo me voy. No quiero hablar aquí.

Lager. — Bueno. Vámonos...

Algunas miradas curiosas los siguen. La mujer camina en medio de los dos hombres y los tres desaparecen por la puerta del café que da a la calle llena de tráfico y rumores. Es una tarde calurosa de febrero.

En el palco de la orquesta, junto a una muchacha pálida, suena una victrola con una ranchera de ritmo cansado e insistente. Algunos mozos gritan en voz alta sus pedidos. El ambiente es pesado, casi sofocante. Por las vidrieras del café se ve pasar gente y más gente. De pronto, nítidos, secos, suenan dos disparos. En la calle la gente comienza a correr en una dirección fija. Algunos parroquianos abandonan el café para enterarse de lo ocurrido. Los silbatos de la policía suenan insistentemente y el rumor afuera acrece por momentos. Las campanas de los tranvías, y las bocinas de los ómnibus insisten en pedir paso por la calle obstruida. Al cabo de un rato, dos hombres vuelven y entran al café. Varios de los que han permanecido en los interrogantes.

Hombre 1. — Nada... Una mujer que mató a un tipo. Dicen que estaban discutiendo allí, en la esquina, cuando de pronto sacó un revólver de su cartera y lo mató.

Hombre 2. — Sí. Pero hubo pelea. Eran dos hombres. Empezaron a pelear y luego intervino la mujer y mató a uno. Al marido, creo.

Habría sido hasta entonces laborioso, honrado, decente; y a los cincuenta años de edad, nuestro hombre era un señor obeso, metódico y buen creyente: un burgués de manifiesto comunista.

Vivía don Próspero en una preciosa casita del barrio de Flores, casita que fue en un tiempo, cuando la fortuna no le sonreía, su sueño dorado, y que hoy, concretada finalmente en el tiempo y el espacio, constituía la única debilidad del comerciante y compartía sus mejores años con su esposa y un loro boliviano, que no todos los loros han de ser paraquayos.

Pero el día a que antes me he referido, le reservaba una terrible contrariedad. Al regresar de sus diarios tareas notó con sorpresa que la puerta de su casa no ostentaba la soberbia aldaba de bronce que debía estar allí, de acuerdo a la ley inextinguible de la inerxia.

Entró, inquieto, le informaron. Poco después de las cuatro de la tarde habían notado sus domésticos la desaparición del objeto y era forzoso deducir, por los signos de violencia que presentaban los goznes, que había sido arrancada de viva fuerza con el auxilio de un instrumento hábil.

Don Próspero lamentaba vivamente la pérdida. Las circunstancias especiales que motivaron la adquisición de la pieza hurtada, explicarán al lector los motivos de tan seria lamentación.

Cuando construyó su casa, no había omitido gastos para que resultara la mejor del barrio. Había cuidado especialmente los detalles del efecto y entre ellos el magnífico llamador de bronce en el centro de la maciza puerta de roble tallado, ya que no por Benvenuto Cellini, por un tal Celestino Benvenuto, calabrés él.

Solamente otra casa de la vecindad podía compararsele, y era una situada precisamente enfrente de la suya. Ella ostentaba también un aldabón exactamente igual, que le había surgido la idea de hacerle competencia cuando trataba de dar a su casa lujosos accesorios. Nuestra almacenero, sabedor de que en la mansión rival vivía un médico distinguidísimo, dueño de dos apellidos y brillante prosapia, estimó que un llamador de bronce, en lugar del timbre eléctrico común, era signo de depurados sentimientos estéticos.

¡Cuántos afanes para hallar un objeto exactamente igual! Su larga búsqueda por todas las ferreterías de la ciudad se vio compensada por el hallazgo ansiado. Era el único que quedaba en plaza, según se lo había asegurado el vendedor, pues ya no se fabricaban tales chirimboles. ¡Quince kilos de bronce macizo!

Tanto esfuerzo, quedaba equilibrado con la satisfacción que experimentaba don Próspero mirando todos los días con mezcla de pasión y de orgullo el objeto hurtado. Era un símbolo de su vanidad de propietario, un índice de su refinamiento arquitectónico, un cartel de nobleza en su escudo de nuevo rico.

Y lo habían despojado de tan grande tesoro... A la injusticia objetiva del delito "per se", se unía la injusticia subjetiva resultante del lugar que la aldaba sustraída ocupaba en sus afecciones.

Mientras de pie en su umbral pensaba que no sería posible reemplazarla, ya que era la última de su especie, tuvo un pensamiento egoísta que lo llenó de alegría. ¡No habrían robado también la aldaba del médico!... Cruzó la calle de un salto para cerciorarse ya que, lo que en realidad le amargaba, era el hecho de que otra propiedad del barrio pudiera tener un detalle que faltara en la suya.

Llegó a la puerta del vecino y vio confirmarse su presentimiento. La aldaba gemela presentaba signos del esfuerzo realizado para desencajarla al punto que, con un fuerte tirón logró desprenderla, completando así la obra inconclusa de los delincuentes.

En posesión del objeto, don Próspero lo miró detenidamente... ¡Qué hermoso era!... Meditaba, volvió a su puerta lentamente...

Una idea malvada se esbozó en su cerebro... ¡No!... ¡Nunca!... Pero la idea volvió más neta a tentarlo, más definida.

—La ley humana no te alcanza, pero debes recordar que el derecho es un mínimum de ética. A la luz de la moral pura eres a un vulgar criminal y la sangre de ese niño entangeliado destilará gota a gota y minuto a minuto sobre tu cráneo como una maldición. Vivirás presa de un continuo y atroz remordimiento.

Aquel día fue horroroso para él. La tierna imagen de su víctima lo obsesionaba. Al llegar la noche sus terrores aumentaron. Mientras su esposa fué a darle el pésame a la atribulada vecina, nuestro almacenero, sentado en su escritorio, pensaba en su situación, y era centro de mil encontrados sentimientos. En un momento dado le pareció ver en un rincón de la habitación una forma vaporosa que lo señalaba imperiosamente con el índice rígido. Luego lo sobresaltó un crujido que parecía provenir del otro mundo. Más tarde lo paralizó una frialdad glacial del gran simpático.

Por fin una idea estricta de equidad se abrió paso en ese maremagnum psicológico: su hipersensibilidad hacia crisis, tanto la justicia distributiva como la conmutativa le exigían que pagara vida por vida y el convencimiento del juicio surgió im-

La Aldaba Trágica

Ilustración de Sorazábal



nente para aferrarse a su cerebro como una garra monstruosa.

Morir, sí. Debía morir. La concatenación perfecta de los hechos no dejaba lugar a dudas sobre la responsabilidad que pesaba sobre él. Si hubiera sido abogado hubiera clasificado su delito como homicidio preterintencional, previsto y penado por el código de la materia. Sin serlo, intuía su existencia.

¡Solemne momento!... Un hombre haría justicia en sí, por su propia mano. ¡Nobilísima acción propia solamente de una conciencia cumbrel!...

Y pensar que no habría nadie que lo loara!... Los versos del poeta ignorarían siempre ese motivo de suprema inspiración; en el mundo de la fama no se grabaría su nombre. Sobre su tumba sólo se leería un modesto R. I. P.

Su vanidad, su noble vanidad de hombre de bien, reclamaba honras fúnebres proporcionadas a la sublimidad de su suicidio; debía morir con la aureola de su virtud máxima. Su carta póstuma revelaría al mundo el santo sacrificio que oficiaría su mano al disparar el arma letal.

Tomó papel y lapicero, escribió la fecha prolijamente, encabezó la misiva y empezó para él un nuevo arden de vacilaciones.

Habría querido estampar una frase que le hiciera élitico, un pensamiento genial que resumiese en cuatro palabras el significado trascendental de su muerte. Desgraciadamente, su versación en materia epistolar no pasaba del "caso recibo" y "me es grato comunicarle".

En vano buscaba la fórmula feliz. Recurrió al diccionario para ver si la voz aldaba le sugería alguna idea aceptable; sólo encontró digna de estamparse su denominación en latín: *re-pagulum ferreum*. No era bastante.

Las doce campanadas de un reloj cercano le anunciaron las veinticuatro. Hombre metódico hasta el fin, arrojó la hoja de papel que tenía delante, pues la fecha que había escrito no era la del día que se iniciaba. Su mujer no tardaría en llegar y era menester obrar con prontitud. ¡Pobrecilla!... Ella que era tan sensible a pesar de sus noventa y pico de kilos, sufriría sin duda un síncope al ver su cadáver. Recordaba ahora que se había emocionado un día por el simple hecho de viajar en el acoplado de un tranvía Lacrosse. ¡Qué ocurriría cuando lo encontrara con un orificio en el temporal derecho!... Le hubiera gustado saberlo.

Desechando nuevos pensamientos, comenzó a escribir. Fueron cuatro líneas: "Un catagórico e ineludible mandato de mi conciencia honrada me obliga a caer bajo el plomo suicida. Perdona y reza por tu infeliz esposo, Próspero".

Doblada y enabroada, colocóla en lugar visible. De inmediato, extrajo de uno de los cajones del escritorio un revólver que se había sacado en una rifa. Al empujar el arma recordó que los circunstancias le habían envidiado su suerte el día del sorteo.

Nuevas reflexiones se agciaron en su mente cuando oyó el ruido de la puerta de calle al abrirse, luego al cerrarse e inmediatamente el paso pesado de su cónyuge. Quiso que fuese supérstite y apoyando con mano temblona el extremo del cañón sobre su sien derecha, apretó el disparador. Oyó la detonación (spongo yo) y sintió un vivo escozor al tiempo de desvanecerse.

Alboreaba como suele alborear: luz "in crescendo", también los ruidos, estrellas que palidecen, cielo que se ilumina por grados, por matices, por semitonos, por colores: igual que en el teatro.

Don Próspero despertó, es decir, recobró el sentido que nunca tuvo. Un vendaje en forma de vincha le apretaba la cabeza. De asombro en estupor se creyó muerto, pero al ser en el lecho a su vida comprendió que no estaba en el cielo. Hubo un cambio de miradas que terminó con la explicación del fenómeno:

—Estás solamente herido. La bala era de tan mala calidad que no consiguió perforar esa cabeza dura que siempre te dije que tenías. Ha rozado simplemente el cráneo, mareándote una huella en tu calva...

Comprendió. E iba a meditar acerca de lo que convenía decir cuando su implacable consorte lo conminó a que explicara los móviles de su frustrado suicidio.

Con lengua tarda contó el almacenero su tragedia. Puso en esa tarea todos los recursos literarios de sus lecturas juveniles y una que otra frase de almanaque. Su voz era rufiánica al narrar sus tribulaciones, meliflua al asegurar que lo más doloroso no era la pérdida de su propia vida inmovada en aras, etc., firme al aseverar que su credo estoico y demás, acariciante aunque levemente carraspeada al murmurar que amaba a su señora con el amor ardiente que la nieve de los años y anexos...

Pero en medio de su peroración, su compañera aclaró: —¡Imbecil!... Si hace tres días que el médico se fué a veranear a Mar de Plata y en la casa no hay nadie, la vecina podía haber golpeado con un arriete y hubiera obtenido el mismo resultado.

Como consecuencia de estos sucesos, un timbre eléctrico sustituyó en la casa de don Próspero a la aldaba trágica.

ENRIQUE MALLEA

ILUSTRACION DE GUEVARA

grandes y ademanes delicados, avanza algo coartada hacia la mesa. Al verla, Lager se levanta.

Lager. — (Ofreciéndole una silla que ella acepta). Siéntese. (Barrios toma asiento nuevamente).

Elisa. — (Después de un silencio tirante, con voz baja pero firme). ¿Han hablado ustedes ya?

Lager. — Sí.

Elisa. — (Dirigiéndose a Barrios). ¿Y qué dices tú, Jorge?

Barrios. — Lager sabe ya lo que yo he dicho.

El mozo. — (Acercándose). La señora ¿qué toma?

Elisa. — Este...

Barrios. — Nada. No traiga nada. Ya nos vamos. ¿Cuánto es esto? Dos medios litros... (Paga y el mozo se lleva los dos becks de cerveza casi llenos).

Elisa. — ¿Te vas?

Barrios. — Sí. Yo me voy. Ya hemos hablado. Y si hay algo más que hablar, salgamos de aquí. Hagámoslo en la calle, en otra parte.

Lager. — ¿A dónde van?

Barrios. — No sé. Yo me voy. No quiero hablar aquí.

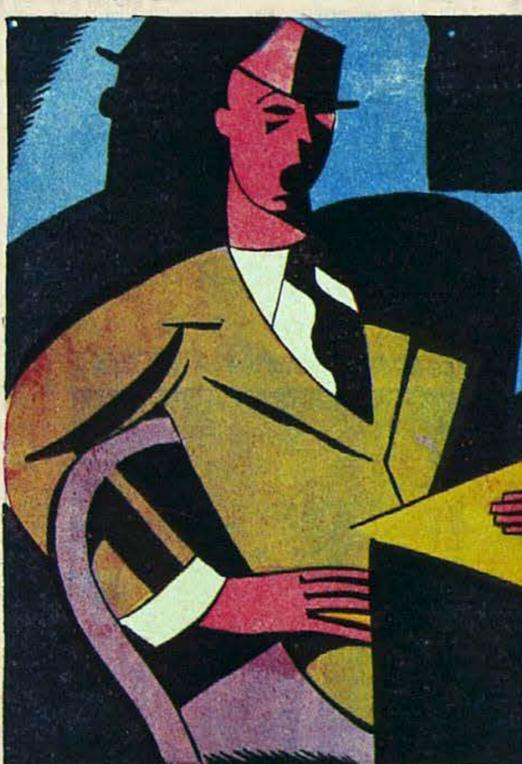
Lager. — Bueno. Vámonos...

Algunas miradas curiosas los siguen. La mujer camina en medio de los dos hombres y los tres desaparecen por la puerta del café que da a la calle llena de tráfico y rumores. Es una tarde calurosa de febrero.

En el palco de la orquesta, junto a una muchacha pálida, suena una victrola con una ranchera de ritmo cansado e insistente. Algunos mozos gritan en voz alta sus pedidos. El ambiente es pesado, casi sofocante. Por las vidrieras del café se ve pasar gente y más gente. De pronto, nítidos, secos, suenan dos disparos. En la calle la gente comienza a correr en una dirección fija. Algunos parroquianos abandonan el café para enterarse de lo ocurrido. Los silbatos de la policía suenan insistentemente y el rumor afuera acrece por momentos. Las campanas de los tranvías, y las bocinas de los ómnibus insisten en pedir paso por la calle obstruida. Al cabo de un rato, dos hombres vuelven y entran al café. Varios de los que han permanecido en los interrogantes.

Hombre 1. — Nada... Una mujer que mató a un tipo. Dicen que estaban discutiendo allí, en la esquina, cuando de pronto sacó un revólver de su cartera y lo mató.

Hombre 2. — Sí. Pero hubo pelea. Eran dos hombres. Empezaron a pelear y luego intervino la mujer y mató a uno. Al marido, creo.



Habría sido hasta entonces laborioso, honrado, decente; y a los cincuenta años de edad, nuestro hombre era un señor obeso, metódico y buen creyente: un burgués de manifiesto comunista.

Vivía don Próspero en una preciosa casita del barrio de Flores, casita que fue en un tiempo, cuando la fortuna no le sonreía, su sueño dorado, y que hoy, concretada finalmente en el tiempo y el espacio, constituía la única debilidad del comerciante y compartía sus mejores años con su esposa y un loro boliviano, que no todos los loros han de ser paraquayos.

Pero el día a que antes me he referido, le reservaba una terrible contrariedad. Al regresar de sus diarios tareas notó con sorpresa que la puerta de su casa no ostentaba la soberbia aldaba de bronce que debía estar allí, de acuerdo a la ley inextinguible de la inerxia.

Entró, inquieto, le informaron. Poco después de las cuatro de la tarde habían notado sus domésticos la desaparición del objeto y era forzoso deducir, por los signos de violencia que presentaban los goznes, que había sido arrancada de viva fuerza con el auxilio de un instrumento hábil.

Don Próspero lamentaba vivamente la pérdida. Las circunstancias especiales que motivaron la adquisición de la pieza hurtada, explicarán al lector los motivos de tan seria lamentación.

Cuando construyó su casa, no había omitido gastos para que resultara la mejor del barrio. Había cuidado especialmente los detalles del efecto y entre ellos el magnífico llamador de bronce en el centro de la maciza puerta de roble tallado, ya que no por Benvenuto Cellini, por un tal Celestino Benvenuto, calabrés él.

Solamente otra casa de la vecindad podía compararsele, y era una situada precisamente enfrente de la suya. Ella ostentaba también un aldabón exactamente igual, que le había surgido la idea de hacerle competencia cuando trataba de dar a su casa lujosos accesorios. Nuestra almacenero, sabedor de que en la mansión rival vivía un médico distinguidísimo, dueño de dos apellidos y brillante prosapia, estimó que un llamador de bronce, en lugar del timbre eléctrico común, era signo de depurados sentimientos estéticos.

¡Cuántos afanes para hallar un objeto exactamente igual! Su larga búsqueda por todas las ferreterías de la ciudad se vio compensada por el hallazgo ansiado. Era el único que quedaba en plaza, según se lo había asegurado el vendedor, pues ya no se fabricaban tales chirimboles. ¡Quince kilos de bronce macizo!

Tanto esfuerzo, quedaba equilibrado con la satisfacción que experimentaba don Próspero mirando todos los días con mezcla de pasión y de orgullo el objeto hurtado. Era un símbolo de su vanidad de propietario, un índice de su refinamiento arquitectónico, un cartel de nobleza en su escudo de nuevo rico.

Y lo habían despojado de tan grande tesoro... A la injusticia objetiva del delito "per se", se unía la injusticia subjetiva resultante del lugar que la aldaba sustraída ocupaba en sus afecciones.

Mientras de pie en su umbral pensaba que no sería posible reemplazarla, ya que era la última de su especie, tuvo un pensamiento egoísta que lo llenó de alegría. ¡No habrían robado también la aldaba del médico!... Cruzó la calle de un salto para cerciorarse ya que, lo que en realidad le amargaba, era el hecho de que otra propiedad del barrio pudiera tener un detalle que faltara en la suya.

Llegó a la puerta del vecino y vio confirmarse su presentimiento. La aldaba gemela presentaba signos del esfuerzo realizado para desencajarla al punto que, con un fuerte tirón logró desprenderla, completando así la obra inconclusa de los delincuentes.

En posesión del objeto, don Próspero lo miró detenidamente... ¡Qué hermoso era!... Meditaba, volvió a su puerta lentamente...

Una idea malvada se esbozó en su cerebro... ¡No!... ¡Nunca!... Pero la idea volvió más neta a tentarlo, más definida.

—La ley humana no te alcanza, pero debes recordar que el derecho es un mínimum de ética. A la luz de la moral pura eres a un vulgar criminal y la sangre de ese niño entangeliado destilará gota a gota y minuto a minuto sobre tu cráneo como una maldición. Vivirás presa de un continuo y atroz remordimiento.

Aquel día fue horroroso para él. La tierna imagen de su víctima lo obsesionaba. Al llegar la noche sus terrores aumentaron. Mientras su esposa fué a darle el pésame a la atribulada vecina, nuestro almacenero, sentado en su escritorio, pensaba en su situación, y era centro de mil encontrados sentimientos. En un momento dado le pareció ver en un rincón de la habitación una forma vaporosa que lo señalaba imperiosamente con el índice rígido. Luego lo sobresaltó un crujido que parecía provenir del otro mundo. Más tarde lo paralizó una frialdad glacial del gran simpático.

Por fin una idea estricta de equidad se abrió paso en ese maremagnum psicológico: su hipersensibilidad hacia crisis, tanto la justicia distributiva como la conmutativa le exigían que pagara vida por vida y el convencimiento del juicio surgió im-

Lager. — Sí, tiene usted razón. Ya no. Digamos, más bien, que un conocido le saque a su mujer, a la que es su esposa.

Barrios. — Usted esperaba que yo lo matara a usted o a ella ¿verdad? Que por una u otra causa yo me perdiera para siempre.

Lager. — (Después de una pausa). No, no es eso precisamente. Es decir, sí... Quiero confesarle una cosa, Barrios. Su solución me perjudica. Yo vine aquí convencido de que ésta sería la última vez que vería el mundo, las personas, la calle... Convencido de que usted me mataría hoy sin más trámite.

Barrios. — No pienso perderme por dos miserables como ustedes. Ya se lo he dicho.

Lager. — Comprendo. Pero yo esperaba que usted me matara. Yo necesitaba que usted me matara...

Barrios. — (Extrañado). ¿Par qué?

Lager. — Escuche, Barrios: Yo no busqué a Elisa. Ella me buscó a mí.

Barrios. — ¿Mentira!

Lager. — (Con absoluta calma). No es mentira. Es verdad. Me resistí cuanto pude. Tengo cierto sentido... poseo cierta dignidad. Sé que la amistad es...

Barrios. — ¡Canalla! Farsante.

Lager. — Escuche, escuche. Pero llegó un momento que no pude más. Su mujer es demasiado hermosa. Usted lo sabe. Todos reconocen lo mismo. El cuerpo de Elisa, sus caderas, sus... (Se interrumpe).

Barrios. — (Reprimiéndose y mirándolo fijamente). Sí, sí... Lager. — Debía usted matarme.

Barrios. — Sí, como a un perro sarnoso. Como a un perro sarnoso. Pero no lo haré.

Lager. — Esa es mi desgracia. Porque es necesario que usted sepa que ni Elisa, ni usted, ni nada ni nadie, me importa ya en la vida. Yo quiero morir. ¿Sabe usted? Necesito morir. Y ésta era una ocasión espléndida para que yo pudiera morir. Pero usted no quiere matarme...

Barrios. — (Extrañado). ¿Qué quiere usted decir?

Lager. — Hace tres años que vivo no sé cómo, Barrios. Así como entre sueños. Usted sabe que estoy económicamente... (Se interrumpe). Pero más que hago no puedo levantar cabeza, rehacer mi pérdida fortuna. Pero no es sólo esto, no. Ya no es esto. Hoy mismo con mi-

Hombre 1. — No. El muerto no es el marido. El marido lo sorprendió con otro hombre y empezaron a discutir. Luego la mujer lo mató.

Hombre 2. — Al marido. El marido iba con ella.

Hombre 1. — Los dos iban con ella.

Hombre 2. — Bueno, sí. Pero el muerto es el marido. Así dicen en ese momento vuelve otro hombre de la calle. Varios lo interrogan.

Hombre 3. — Lo de siempre: un drama de celos. La mujer que mata al amante porque éste no quiere seguir viviendo con ella. Le pegó dos tiros. Murió instantáneamente. Dicen que luego que lo mató quiso suicidarse.

Hombre 1. — El muerto no es el marido sino el amante ¿verdad?

Hombre 2. — No. El muerto es el marido.

Hombre 3. — Yo creo que es el amante...

Otro hombre penetra en el café en ese instante. Se sienta tranquilamente en una mesa y empieza a hablar.

Hombre 4. — Eran dos hombres y una mujer. Dicen que salieron de aquí. Empezaron a discutir en voz alta. Yo estaba casualmente allí, parado, hablando con Jaime. Uno de ellos trataba de convencer al otro que no gritara y de calmar a la mujer que era la más exaltada. Una morocha espléndida. Así llegaron hasta la esquina. De pronto, uno de los hombres comenzó a gritar y gesticular mientras la gente comenzaba a formar corte alrededor. Los gestos y los gritos subían de tono — la mujer era la que más gritaba a uno de ellos — hasta que ésta, súbitamente extrajo un revólver de su cartera y disparó dos tiros...

Hombre 2. — Contra el marido.

Hombre 1. — No. Contra el amante...

Hombre 4. — No sé si era el marido o el amante. La cuestión es que mató a uno. Yo lo vi caer. Dió unos pasos, se tambaleó un poco, y cayó sobre el cordón de la vereda. Todavía está la sangre. La mujer presa de una crisis nerviosa se echó a llorar. Una linda mujer, una morocha espléndida. El otro hombre se quedó allí como atontado, sin atinar a moverse ni a hacer nada, con una extraña mirada en sus ojos, hasta que la policía vino y se los llevó a los dos. Luego la Asistencia recogió el cuerpo. Era un hombre de aspecto más bien joven, bien vestido. Quién sabe por qué habrá sido. Vaya uno a saber.

ro mirando todos los días con mezcla de pasión y de orgullo el objeto hurtado. Era un símbolo de su vanidad de propietario, un índice de su refinamiento arquitectónico, un cartel de nobleza en su escudo de nuevo rico.

Y lo habían despojado de tan grande tesoro... A la injusticia objetiva del delito "per se", se unía la injusticia subjetiva resultante del lugar que la aldaba sustraída ocupaba en sus afecciones.

Mientras de pie en su umbral pensaba que no sería posible reemplazarla, ya que era la última de su especie, tuvo un pensamiento egoísta que lo llenó de alegría. ¡No habrían robado también la aldaba del médico!... Cruzó la calle de un salto para cerciorarse ya que, lo que en realidad le amargaba, era el hecho de que otra propiedad del barrio pudiera tener un detalle que faltara en la suya.

Llegó a la puerta del vecino y vio confirmarse su presentimiento. La aldaba gemela presentaba signos del esfuerzo realizado para desencajarla al punto que, con un fuerte tirón logró desprenderla, completando así la obra inconclusa de los delincuentes.

En posesión del objeto, don Próspero lo miró detenidamente... ¡Qué hermoso era!... Meditaba, volvió a su puerta lentamente...

Una idea malvada se esbozó en su cerebro... ¡No!... ¡Nunca!... Pero la idea volvió más neta a tentarlo, más definida.

—La ley humana no te alcanza, pero debes recordar que el derecho es un mínimum de ética. A la luz de la moral pura eres a un vulgar criminal y la sangre de ese niño entangeliado destilará gota a gota y minuto a minuto sobre tu cráneo como una maldición. Vivirás presa de un continuo y atroz remordimiento.

Aquel día fue horroroso para él. La tierna imagen de su víctima lo obsesionaba. Al llegar la noche sus terrores aumentaron. Mientras su esposa fué a darle el pésame a la atribulada vecina, nuestro almacenero, sentado en su escritorio, pensaba en su situación, y era centro de mil encontrados sentimientos. En un momento dado le pareció ver en un rincón de la habitación una forma vaporosa que lo señalaba imperiosamente con el índice rígido. Luego lo sobresaltó un crujido que parecía provenir del otro mundo. Más tarde lo paralizó una frialdad glacial del gran simpático.

Por fin una idea estricta de equidad se abrió paso en ese maremagnum psicológico: su hipersensibilidad hacia crisis, tanto la justicia distributiva como la conmutativa le exigían que pagara vida por vida y el convencimiento del juicio surgió im-

ro mirando todos los días con mezcla de pasión y de orgullo el objeto hurtado. Era un símbolo de su vanidad de propietario, un índice de su refinamiento arquitectónico, un cartel de nobleza en su escudo de nuevo rico.

Y lo habían despojado de tan grande tesoro... A la injusticia objetiva del delito "per se", se unía la injusticia subjetiva resultante del lugar que la aldaba sustraída ocupaba en sus afecciones.

Mientras de pie en su umbral pensaba que no sería posible reemplazarla, ya que era la última de su especie, tuvo un pensamiento egoísta que lo llenó de alegría. ¡No habrían robado también la aldaba del médico!... Cruzó la calle de un salto para cerciorarse ya que, lo que en realidad le amargaba, era el hecho de que otra propiedad del barrio pudiera tener un detalle que faltara en la suya.

Llegó a la puerta del vecino y vio confirmarse su presentimiento. La aldaba gemela presentaba signos del esfuerzo realizado para desencajarla al punto que, con un fuerte tirón logró desprenderla, completando así la obra inconclusa de los delincuentes.

En posesión del objeto, don Próspero lo miró detenidamente... ¡Qué hermoso era!... Meditaba, volvió a su puerta lentamente...

Una idea malvada se esbozó en su cerebro... ¡No!... ¡Nunca!... Pero la idea volvió más neta a tentarlo, más definida.

—La ley humana no te alcanza, pero debes recordar que el derecho es un mínimum de ética. A la luz de la moral pura eres a un vulgar criminal y la sangre de ese niño entangeliado destilará gota a gota y minuto a minuto sobre tu cráneo como una maldición. Vivirás presa de un continuo y atroz remordimiento.

Aquel día fue horroroso para él. La tierna imagen de su víctima lo obsesionaba. Al llegar la noche sus terrores aumentaron. Mientras su esposa fué a darle el pésame a la atribulada vecina, nuestro almacenero, sentado en su escritorio, pensaba en su situación, y era centro de mil encontrados sentimientos. En un momento dado le pareció ver en un rincón de la habitación una forma vaporosa que lo señalaba imperiosamente con el índice rígido. Luego lo sobresaltó un crujido que parecía provenir del otro mundo. Más tarde lo paralizó una frialdad glacial del gran simpático.

Por fin una idea estricta de equidad se abrió paso en ese maremagnum psicológico: su hipersensibilidad hacia crisis, tanto la justicia distributiva como la conmutativa le exigían que pagara vida por vida y el convencimiento del juicio surgió im-

ro mirando todos los días con mezcla de pasión y de orgullo el objeto hurtado. Era un símbolo de su vanidad de propietario, un índice de su refinamiento arquitectónico, un cartel de nobleza en su escudo de nuevo rico.

Y lo habían despojado de tan grande tesoro... A la injusticia objetiva del delito "per se", se unía la injusticia subjetiva resultante del lugar que la aldaba sustraída ocupaba en sus afecciones.

Mientras de pie en su umbral pensaba que no sería posible reemplazarla, ya que era la última de su especie, tuvo un pensamiento egoísta que lo llenó de alegría. ¡No habrían robado también la aldaba del médico!... Cruzó la calle de un salto para cerciorarse ya que, lo que en realidad le amargaba, era el hecho de que otra propiedad del barrio pudiera tener un detalle que faltara en la suya.

Llegó a la puerta del vecino y vio confirmarse su presentimiento. La aldaba gemela presentaba signos del esfuerzo realizado para desencajarla al punto que, con un fuerte tirón logró desprenderla, completando así la obra inconclusa de los delincuentes.

En posesión del objeto, don Próspero lo miró detenidamente... ¡Qué hermoso era!... Meditaba, volvió a su puerta lentamente...

Una idea malvada se esbozó en su cerebro... ¡No!... ¡Nunca!... Pero la idea volvió más neta a tentarlo, más definida.

—La ley humana no te alcanza, pero debes recordar que el derecho es un mínimum de ética. A la luz de la moral pura eres a un vulgar criminal y la sangre de ese niño entangeliado destilará gota a gota y minuto a minuto sobre tu cráneo como una maldición. Vivirás presa de un continuo y atroz remordimiento.

Aquel día fue horroroso para él. La tierna imagen de su víctima lo obsesionaba. Al llegar la noche sus terrores aumentaron. Mientras su esposa fué a darle el pésame a la atribulada vecina, nuestro almacenero, sentado en su escritorio, pensaba en su situación, y era centro de mil encontrados sentimientos. En un momento dado le pareció ver en un rincón de la habitación una forma vaporosa que lo señalaba imperiosamente con el índice rígido. Luego lo sobresaltó un crujido que parecía provenir del otro mundo. Más tarde lo paralizó una frialdad glacial del gran simpático.

Por fin una idea estricta de equidad se abrió paso en ese maremagnum psicológico: su hipersensibilidad hacia crisis, tanto la justicia distributiva como la conmutativa le exigían que pagara vida por vida y el convencimiento del juicio surgió im-

ro mirando todos los días con mezcla de pasión y de orgullo el objeto hurtado. Era un símbolo de su vanidad de propietario, un índice de su refinamiento arquitectónico, un cartel de nobleza en su escudo de nuevo rico.

Y lo habían despojado de tan grande tesoro... A la injusticia objetiva del delito "per se", se unía la injusticia subjetiva resultante del lugar que la aldaba sustraída ocupaba en sus afecciones.

Mientras de pie en su umbral pensaba que no sería posible reemplazarla, ya que era la última de su especie, tuvo un pensamiento egoísta que lo llenó de alegría. ¡No habrían robado también la aldaba del médico!... Cruzó la calle de un salto para cerciorarse ya que, lo que en realidad le amargaba, era el hecho de que otra propiedad del barrio pudiera tener un detalle que faltara en la suya.

Llegó a la puerta del vecino y vio confirmarse su presentimiento. La aldaba gemela presentaba signos del esfuerzo realizado para desencajarla al punto que, con un fuerte tirón logró desprenderla, completando así la obra inconclusa de los delincuentes.

En posesión del objeto, don Próspero lo miró detenidamente... ¡Qué hermoso era!... Meditaba, volvió a su puerta lentamente...

Una idea malvada se esbozó en su cerebro... ¡No!... ¡Nunca!... Pero la idea volvió más neta a tentarlo, más definida.

—La ley humana no te alcanza, pero debes recordar que el derecho es un mínimum de ética. A la luz de la moral pura eres a un vulgar criminal y la sangre de ese niño entangeliado destilará gota a gota y minuto a minuto sobre tu cráneo como una maldición. Vivirás presa de un continuo y atroz remordimiento.

Aquel día fue horroroso para él. La tierna imagen de su víctima lo obsesionaba. Al llegar la noche sus terrores aumentaron. Mientras su esposa fué a darle el pésame a la atribulada vecina, nuestro almacenero, sentado en su escritorio, pensaba en su situación, y era centro de mil encontrados sentimientos. En un momento dado le pareció ver en un rincón de la habitación una forma vaporosa que lo señalaba imperiosamente con el índice rígido. Luego lo sobresaltó un crujido que parecía provenir del otro mundo. Más tarde lo paralizó una frialdad glacial del gran simpático.

Por fin una idea estricta de equidad se abrió paso en ese maremagnum psicológico: su hipersensibilidad hacia crisis, tanto la justicia distributiva como la conmutativa le exigían que pagara vida por vida y el convencimiento del juicio surgió im-

ENRIQUE GARCIA RODRIGUEZ

EL CRIMEN DE LA SAFO

MARINO Lampazzo guiaba su camión por Cangallo en dirección al centro a toda velocidad. Como avistaba a su frente un par de cuadradas libras de tráfico, no tuvo el freno listo para detenerse a tiempo cuando a la altura del 1100 vio que una mujer, saliendo a la carrera de una casa, cruzaba la calle para entrar, seguramente, a otra de la acera opuesta.

Sus bocinazos fueron inútiles. —Ea! Ea! —gritó el pobre hombre, por fin, desesperado.

El choque se produjo, fatalmente. Sonó un grito, y se agolparon los curiosos.

A Marino Lampazzo lo conducieron a la seccional. El pobre hombre se lamentaba como un gitano.

—¡Yo, yo asesino! —gimoteaba. — ¡Ha sido imprudente, señores! ¡Ha sido una locura! ¡Nadie hubiera podido evitarlo! ¡Tengo mujer e hijos...

Por otra parte, como un sonámbulo, Basilio La Dufaur, profesor de esgrima, se encaminó poco momentos después a la misma seccional.

—Soy autor de un crimen... El oficial de guardia lo miró estupefacto.

—¿De qué crimen? —le preguntó.

—El crimen de la Safo de terracota. Nora, la muerta, estaba dopada... Con opio... Su muñeca... era suya, la muñeca favorita, que tanto le gustaba. Yo la maté, desde lejos... Opio... ¿comprende?

El oficial no comprendió nada, pero como medida precaucional lo mantuvo detenido. Se indagó el caso. Los testigos aseguraban que el accidente que le costara la vida a la pobre Nora había sido puramente casual. Basilio, sin embargo, sumido en una especie de semiinconsciencia, no dejaba de balbucear:

—Ella estaba dopada... Yo la maté desde lejos, con su muñeca.

El opio, de igual modo que agranda, si nos hallamos bajo su influencia, el efecto de lo exterior de nuestro ánimo (espejos que se vuelven espejos, una liga de mujer que nos suscita un harén, una rosa cuyo perfume nos transporta a los jardines colgantes, un chaleco ajustado que nos oprime el pecho con un peso de mil toneladas) asimismo agranda ese sentimiento de las cosas a las cuales nos hemos identificado por cariño, u otro motivo, hasta el punto de que, aunque no las tengamos delante, cualquier daño o beneficio hecho a ellas repercute en nosotros instantáneamente.

Justamente el proveedor Yong Yan, un chino diminuto, iba pensando, en ese momento mientras marchaba apresuradamente por la calle Reconquista en dirección al centro, en los extraños efectos de la "cannabis indica", de su propiedad, sobre todo, de hipersensibilizar el organismo humano, en uno u otro sentido... En el placer o en el dolor...

—Muchos clientes nuevos se quejan —pensaba Yong Yan— porque el opio no les hace sonar bien... Como si el "dava-mesk" que vende Yong no fuera el mismo que usa el Mikado!

No era, por supuesto el Nirvana reorientante, ese ocio integral de los nervios, entrevisado a través de las novelas; por el contrario, dotaba a los seres de una impresionabilidad capaz de sufrir la influencia de un maremoto en la Luna, a mi-

llones de kilómetros de distancia. —¡Hola, Yong!

El nombrado se detuvo de golpe. —No te alarmes, demonio, soy yo...

Yong respiró. Era vigilado de cerca; los pesquisantes trataban de reunir pruebas. El desconocido volvió a hablarle. —¿Vienes de allá?

Era una referencia al fumadero, Yong asintió. —¡Llévate mucho!

—¡Bravo! Pero, no me importa eso. Dime... la Nora ¿está allí?

El chino titubeó; sus ojos rasgados dejaron escapar una chispa de recelo. —Mira, Yong... Necesito saber la verdad —insistió el otro. —¿Nora frecuenta el fumadero?

—La he visto allá... una vez... —Una vez no más?

—No; este... Varias, dos o tres veces...

—¿Sola?

—¡Hum! Bueno; ya lo veré. Adiós.

Yong Yan, al verle alejarse musitó: —¡Pobre don Basilio!

Basilio La Dufaur, profesor de esgrima, estaba celoso como un musulmán. Desde algunas noches trataba de dar con el pa-

drado de su compañera, a la que amaba apasionadamente. Pero no se animaba a dar cuenta de su desaparición a Investigaciones.

—Yo la induje, yo mismo la induje... ¡Mal rayo me parta!

El terrible vicio del opio se había adueñado de Nora desde una vez en que Basilio la llevara a visitar el fumadero de Yong Yan. Ahora él pagaba las consecuencias.

Basilio La Dufaur echó a andar hacia el fumadero. La recordaba estaba llena de gente. Se abrió paso a duras penas, y llegó hasta una finca del Paseo Colón. Echó un vistazo a los alrededores, y se metió adentro.

Atravesó el zaguán, después un patio de inquilinato, subió luego por una escalera angosta de madera y llamó a una puerta con una doble serie de tres golpes. Al entrar, dos detalles, que ya le eran conocidos, volvieron a llamarle la atención como la primera vez: las paredes, totalmente empapeladas con hojas de revistas donde se representaban hombres y mujeres semidesnudos, y la cantidad de almohadones diseminados por doquiera: en el suelo, sobre las camas, encima de la mesa... Era la tosca "mise en scène" necesaria para favorecer las gratas alucinaciones de los tertulianos. Pero a excepción del chino que le abrió la puerta, no encontró absolutamente a nadie: era como si hubiese violado un candado

para penetrar a una pieza donde se hubiera cometido un crimen, clausurada en espera de la llegada del juez.

Estaba a punto de retirarse, cuando se acordó de que los clientes más o menos distinguidos ocupaban una habitación contigua, cuyo acceso estaba disimulado por el empapelamiento de la primera.

—A ver la otra, Ipo.

El chino empujó otra puerta, disimulada convenientemente, y penetraron ambos en una estancia recubierta de espejos, pero de dimensiones mucho más reducidas y que se hallaba sumida en una penumbra color naranja; los espejos le daban una extensión ilimitada. El chino, mediante señas, le observó que anduviera con mucho sigilo. Un tropiezo, un choque brusco, eran suficientes para determinar, tal vez, un accidente grave... Basilio empezó a vislumbrar los perfiles de unos bultos, hombres y mujeres, tendidos sobre almohadones. Se acercó ansiosamente a la primera; descendió con mucho cuidado una gasa que le ocultaba el mentón y parte de la boca. No era Nora. Repitió por tres veces más la operación, con otras tantas dormientes, y ¡nadá!

Voltió a la primera habitación, y recién interrogó al chino. —¿No viste a Nora?

—¡Salí recién...

—¿Dopada?

—¡Sí... algo.

Basilio se largó a la calle. Estaba por volverse loco. No se hubiera imaginado nunca, a no haber sido colocado en ese trance, la falta que le representaba esa mujer...

—Habría ido a la casa, seguramente. (La "casita" era el departamento que ocupaban ambos en unos altos de la calle Cangallo).

Basilio, impaciente, subió a un automóvil.

No bien se detuvo el taxi, pagó apresuradamente, y, por no esperar el ascensor, subió co-

DE TERRACOTA



riendo la escalera. Era en el primer piso.

Entró a la salita como un cirujano. Ella no estaba. Llamó a voces: —¡Nora! ¡Nora!...

Nadie. Basilio sintió que las lágrimas lo cegaban. A la vista de tantos objetos que testimoniaban en silencio el gran amor que ellos disfrutaron durante dos años, el hombre perdió del todo la serenidad. Acometido por un improviso deseo de destruc-

ción, tomó cuanto objeto halló al paso, y lo hizo trizas. De pronto, se detuvo: sobre una de las almohadas de la cama estaba la muñeca predilecta de Nora: una Safo de terracota.

Basilio clavó sus ojos en la exótica figurina, intensamente, y le pareció reconocer en ella una expresión burlesca. Sin pensarlo más, la asió por una de las piernas y le estrelló la cabeza contra uno de los travesaños del lecho.

Instantáneamente, resonó un gran grito en la calle, al pie del balcón. Basilio corrió a asomarse. Un accidente de tráfico. Una mujer atropellada por un camión... Estaba tendida en el suelo, con la cabeza rota...

Ahora, improvisando una camilla, lo levaban a un departamento. El hombre, sin saber por qué, sintió que se le estrangulaba el corazón.

Llamaron a su puerta; abrió. La accidentada era Nora... —Señor... La traemos acá porque en su cartera hallamos esta dirección. La señorita cruzó la calle corriendo y...

Nadie se le ocurrió preguntarle por qué Nora, siendo la casa de su amante archiconocida para ella, como es lógico, llevaba anotada su dirección en la cartera.

Cuando el pesquisante chino Yu-Yi-Nam, extranjero al servicio de Investigaciones de Buenos Aires, hizo esta pregunta en el despacho de la Jefatura los presentes se miraron estupefactos.

—¿Ver el papelito? —añadió Fu-Yi-Nam.

—Se le alcanzaron. —¿Cuál es la dirección exacta de Basilio La Dufaur? —Cangallo 1111.

Fu-Yi-Nam sonrió. —Esta es; Cangallo 1110. Hay un número que no corresponde. —Es cierto —arguyó uno de los agentes; —pero como la mujer, en el momento de ser embestida por el camión, se encaminaba a la carrera hacia el domicilio de su amante, es imposible pensar que no fuera ese su punto de destino...

—En efecto —terció otro —los mismos peatones que se trataron de socorrerla en el primer momento lo entendieron de ese modo... Por eso la condujeron a la casa del número 1111.

Fu-Yi-Nam nada dijo. Al salir, se dirigió por Cangallo hasta la casa donde habitaba La Dufaur; número 1111. Fu-Yi-Nam cruzó la calle. Miró el número del edificio que daba enfrente mismo del anterior; número 1110. Quedó pensativo un instante.

—Haré averiguar quién vive en esta casa. Pero no; no hay que despertar sospechas. Vigilaré yo mismo desde enfrente.

En el piso, en la parte habitada por el profesor de esgrima, estaba clausurado por orden del juez; a pesar de lo cual a Fu-Yi-Nam se le acordó un permiso especial para visitarlo. El pesquisante, una vez dentro, entreabrió las persianas que daban al balcón, dejando una hendidura para observar sin ser visto, y se apostó, esperando con la paciencia de un verdadero chino.

Al cabo de unas horas, ya entrada la noche, el pesquisante vio entrar a la casa señalada con el número 1110 a un hombre de traza exótica, a quien identificó inmediatamente. Se trataba, nada menos, de Yong Yan, el proveedor de opio, viejo conocido de Investigaciones...

El descubrimiento al parecer, satisfizo plenamente al pesquisante chino. Una hora después, Fu-Yi-Nam, vestido pobremente, a la manera de un marinero de Shanghai, entró al fumadero de opio del Paseo Colón. Una vez que pudo hallarse a solas con Ipo, el lugarteniente de Yong Yan, le preguntó a quemarropa: —¿Me conoces?

Ipo abrió la amañada boca; el hombre le impidió hablar. Fu-Yi-Nam le dijo: —Voy a proponerte un negocio.

—Hay cincuenta pesos por un lado; y por el otro, el allanamiento a la madriguera, contigo y los otros... Elige.

—¿Lo que tú quieras, Fu? —Bien. ¿Conocieste a Nora?

El del fumadero se estreñeció. —Conocí... balbuceó. —Dime en qué relaciones andaba Nora con Yong Yan.

El otro, antes de decirse a contestar, se rasó la frente. ¡Fu-Yi-Nam le advirtió: —Acuérdete de los cincuenta pesos, Ipo; y de lo otro... ¿En qué relaciones andaba Nora con tu patrón?

—Malas. —De modo... —Yong esperaba que ella lo delatara a la autoridad, de un momento a otro.

—Entonces... Ipo guardó silencio. Fu-Yi-Nam insistió, persuasivo: —¿Qué sucedió con ella anteayer, antes del... accidente, Ipo?

—¿Acá? —Acá mismo. Dilo de una vez, o te costará caro.

—Pues... Ella amenazó con revelar la existencia del fumadero, y otras actividades de Yong...

—Las conozco. Prosigue. —Dijo que iba a hacerlo para sustrae a su amante del vicio del opio, a Basilio La Dufaur. Yong la invitó a que pasara por la casa de él, antes de tomar ninguna medida. Le dió un papel con sus señas.

—Cangallo. —Cangallo 1110. —Eso es... con 0. ¿Qué más?

—No se nada más. —Cuando Fu-Yi-Nam se halló de nuevo en la calle, se hizo esta reflexión: —De manera que Yong Yan estaba especialmente interesado en quitar de en medio a Nora. Muy bien.

Habló por teléfono con Investigaciones. —Detengan inmediatamente a Yong Yan, proveedor de opio, Cangallo 1110.

El arresto se cumplió con toda felicidad; el detenido no opuso la menor resistencia. ¿Estaba seguro de su impunidad? Lo cierto es que al enfrentarse con el jefe de la mencionada partición, Fu-Yi-Nam declaró tranquilamente, señalando al proveedor de opio:

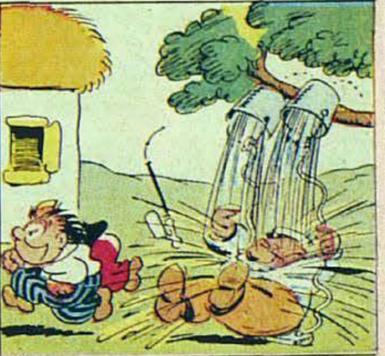
—Este es el que mató a la amante de Basilio La Dufaur.

Antes de fundamentar su acusación, el pesquisante chino solicitó se efectuara una prolija autopsia al cuerpo de la presunta accidentada, a los efectos de constatar si, efectivamente, la joven se hallaba bajo la influencia del opio al cruzar la calle. El médico, después de la operación, se expidió negativamente.

—Lo esperaba —contestó simplemente Fu. El proveedor Yong Yan, señores —explicó a renglón seguido el pesquisante— es hipnotizador de profesión. Es conocido por todos el dominio que un hipnotizador adquiere sobre el sujeto sometido a su experimento. La persona, sobre todo si es mujer, que se halla sumida en el estado hipnótico, ejecuta dócilmente cuanto le ordena su catequizador. Yong Yan no iba a cruzarse de brazos, esperando que la joven lo delatara. Cuando la citó a su domicilio, lo hizo con el propósito indudable de eliminarla. Puso en juego sus facultades hipnóticas, y luego bajó con Nora hasta la puerta de calle, colándose detrás de ella. Esperó, naturalmente, la coyuntura favorable para dar a su delito el aspecto de un vulgar accidente de tráfico. Calculando matemáticamente la distancia, ordenó cruzar la calle en el preciso instante en que pasaba el camión a toda velocidad... Esta es la verdad de lo ocurrido.

El proveedor Yong Yan, apremiado por sus acusadores, se declaró culpable, confirmando en un todo la hipótesis enunciada por Fu-Yi-Nam, el pesquisante chino.

Nuevas Aventuras del Capitán y sus Dos Sobrinos, por Dirks



Las Grandes Orgías Romanas

En dos capítulos del libro XVI de los Anales, Tácito recuerda a un Cayo Petronio Turpiliano, de quien describe la peculiaridad de costumbres y la trágica muerte. Durante el día Petronio se dedicaba a dormir y consagraba la noche a los asuntos de importancia; a las mujeres y banquetes. Llegado por el ocio a aquella celebridad que otros se procuran por el trabajo y la fatiga, él, sin embargo, no era, a juicio de los contemporáneos, un hombre de crápula y derroche, sino un voluptuoso refinado. Y sus actos y palabras, cuanto más ostentaban negligencia y abandono, tanto más tenían una agradable apariencia de elegante sencillez. Cónsul en Roma y más tarde gobernador de Bitinia (Asia Menor), era prueba de capacidad y energía. Volvió luego a una vida que o quería ser viciosa y, acogido entre los pocos favoritos del príncipe, fué en la corte de Nerón durante largo tiempo el árbitro del buen gusto (arbitrator elegantiarum), el regulador supremo de lo bello y delicado. Tigelino, el principal favorito de Nerón, lo odiaba, viendo en él a un rival más experto en la "ciencia" de las voluptuosidades y temía que pudiera suplantarle; por eso acusó a Petronio de amistad con Pison, enemigo del emperador y jefe de una conspiración fracasada. Había sido corrompido uno de sus esclavos para que sirviese de delator, no se admitió ninguna defensa y se encadenó a la mayor parte de los criados.

La muerte más hermosa de la antigüedad

Estamos en el año 66 después de Jesucristo. Nerón había salido para la Campania; Petronio, que formaba parte del séquito imperial, recibió improvisamente, en Cannas, la orden de detenerse. El árbitro de las elegancias comprendió en seguida: aquella orden era una sentencia de muerte. Se abrió las venas, que luego vendó y reabrió más tarde, entreteniendo con los amigos en hablar, chistosamente sobre varias cosas, ni graves, ni grandes, pero que quedasen como prueba de su serena firmeza. Ni se detuvo a escuchar sentencias de filósofos o preceptos sobre la inmortalidad del alma, sino sólo canciones jocosas, poesías ligeras y versos eróticos. A algunos esclavos premió, a otros castigó. Quiso banquetear y dormir, para que la muerte, si bien impuesta, apareciese como la cosa más natural. En sus codicilos no dejó a Nerón, ni a Tigelino, ni a ningún otro personaje poderoso, como solían hacer las víctimas cobardes para preservar a favor de los familiares al menos una parte de sus bienes; al contrario, bajo los nombres de pedrastas y prostitutas, trazó un breve relato de los excesos y escándalos del tirano, luego selló aquel testamento acusador con el anillo consular y lo mandó a Nerón con esta dedicatoria: Cayo Petronio Arbitro a Barbas de Pimentón. Y después de haber roto el anillo y hecho pedazos una copa preciosa que le costara 300 mil sesterces, para así arrebatarla a la codicia del déspota— se dejó expirar tranquila y serenamente.

"O yo me equivoco, escribe Saint-Evremond, o esta es la muerte más hermosa de la antigüedad. En la de Catón encuentro algo de disgusto o de cólera; Sócrates ha muerto como un verdadero sabio y con mucha indiferencia, pero buscando previamente de cerciorarse sobre las condiciones de la otra vida; Trasea escuchaba al cínico Demetrio discutiendo acerca de la inmortalidad; Séneca, mientras la sangre fluía de sus venas, dictaba a su secretario los últimos preceptos sobre la virtud. Sólo en Petronio no hay ni una palabra, ni un gesto que revele un signo de incertidumbre en un moribundo; para él la muerte fué propiamente la terminación de la vida".



Este gran señor, este epicúreo que, después de una vida de mollicie y elegancias, sabe morir con tanta calma y estoicismo, fue el autor del romance, El Satiricón. La crítica histórica y literaria ha, fuera de todas dudas, comprobado que el autor de esa obra, de la cual nos quedan sólo fragmentos de dos libros—por lo menos catorce se extraviaron—es propiamente Petronio, el árbitro de las elegancias. "No hay nada—escribe el académico Boissier— más gracioso en toda la literatura latina que esa obra, verdadero espejo de la vida y costumbres de aquella época, y nadie ha jamás usado un estilo tan puro y elegante en la descripción de tantas impurezas".

El romance de Petronio: el Satiricón

La parte más interesante y hermosa del "Satiricón" es el banquete de Trimalción, una pieza insuperable de farsa convivial: aquí los tipos son eternos, como eterno es el arte del escritor. Los siervos ocupan el puesto de los amos; Empero es éste un fenómeno que la humanidad renueva y renova, mientras haya clases opresoras y clases oprimidas, en todos los tiempos y en todos los lugares. A la mesa de Trimalción no se sienta sólo la servidumbre de una ciudad campana; está allí también la nueva capa dominante del Imperio, salida de las guerras civiles, de las ruinas de la república y la corrupción sangrienta de los Césares. Aquel banquete es la representación de los miserables extraordinariamente enriquecidos, de los esclavos trocados en libertos y amos, de los cocineros y lavacopas, rodeados de oro y untura; es la demostración viva y escénica de la estupenda frase de Séneca: "El dinero es sobre cierta gente como en una cloaca".

Esta de Petronio es la obra de quien ha visto, con sus propios ojos, la edad de Claudio y Nerón; de quien ha presenciado el renacimiento y desarrollo de aquella capa de libertos y favoritos, que con la adulación y astucia se volvían pronto todopoderosos en una sociedad que, perdido todo resto de la antigua tradición republicana, necesitaba intrigar, escalar los más altos cargos públicos y enriquecerse.

El liberto Cayo Pompeyo Trimalción

El rétor Agamenón es invitado, con muchos otros "prominentes" ciudadanos, a un suntuoso banquete en casa de Trimalción, riquísimo liberto de la ciudad (Cúmas?). Como discípulos del rétor, concurren también Encolpio y Ascitio, acompañados del niño Gítón. Paseando por las calles a la espera de la hora fijada para el convite, ven en una cancha de las Termas a un viejo calvo, vestido con túnica roja y jugando a la pelota verde en un cortejo de esclavos jóvenes, de cabellera larga y flotante. A ambos

por
JOSE TUNTAR

extremos del fuego están los eunucos, uno de los cuales lleva un orinal de plata; el otro cuenta las pelotas que caen al suelo. Mientras los tres convidados remiran aquella "magnificencia" se les acerca Menelao y les dice: "Ese es Trimalción, el que os conviende a comer. Eso es el preludio del banquete".

Más ya a decir cuando Trimalción hace castañeter los dedos; al oír la señal, se acerca el eunuco que llevaba el orinal; Trimalción desahoga la vejiga, hace otra señal para que lleven agua, se moja los dedos y los seca en el pelo de un esclavo. Los convidados van poco después al baño y ven a Trimalción, a quien tres mozos acaban de perfumar, secándole con paños de lana suavisima; luego le envuelven en un manto de felpa colorada y le colocan en una litera precedida por cuatro criados con librea magnífica y por una silla de manos que ocupa el más amado esclavo de Trimalción, un muchachillo con cara de viejo, leganoso y más loco que su propio amo; y junto a su oído toca durante todo el camino la flauta.

En el triclinio: los primeros platos

La sala del festín (triclinium) es un verdadero mar de delicias. Luego de una breve espera aparece Trimalción, en hombros de esclavos, que muy cuidadosamente lo colocan en un lecho guardado con almohadones. Tiene la calva cubierta con un velo de púrpura, y la servilleta que le cuelga del cuello, se asemeja a una laticlavía; en el meñique de la mano izquierda lleva un sortijón dorado y en el dedo anular otro anillo más chico, de oro puro; y para deslumbrar a los comensales con su riqueza, descubre el brazo derecho, donde brilla una pulsera de oro, esmaltada con láminas de marfil resplandeciente.

Se da principio al banquete. Cada plato es una sorpresa; los frascos de cristal, sellados cuidadosamente, contienen vino "Falerno" de cien años. Trimalción dice, dando palmadas: "Verdad es, desgraciadamente, que vive más el vino que el hombre, de modo que debemos beber como esponjas; el vino es la vida, y el que os ofrezco, es añejo de veras. ¡Cuán poca cosa es el hombre, ay de

mí, y cuán frágil el hilo de su existencia! Vivamos lo mejor que se pueda, ya que a cada paso nos acercamos a la tumba".

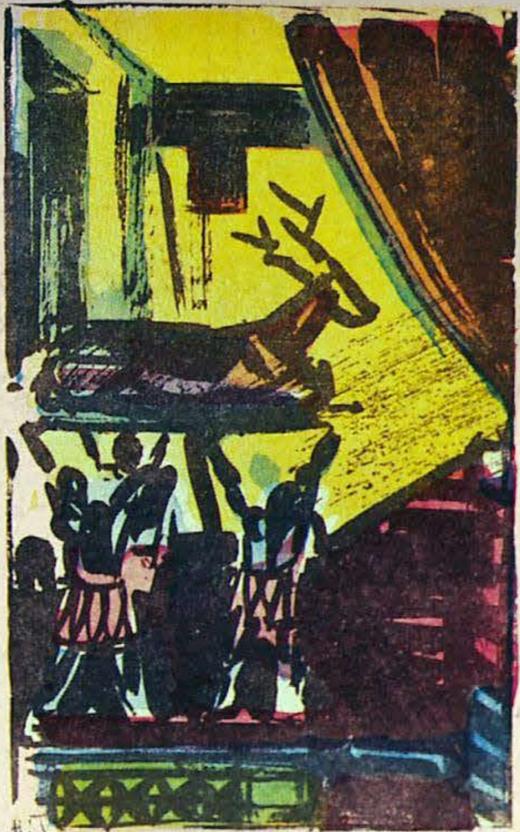
Es servido el entremés: papahigos gordos, en yemas de huevos y pimienta, dentro de cáscaras de huevos de pava, perfectamente imitadas con una corteza de pastas. Llegó después el segundo servicio: es un centro de mesa en forma de globo, alrededor del cual figuran en círculo los doce signos del Zodíaco, encima de cada uno un manjar, que, por su naturaleza o forma, tiene alguna relación con las constelaciones. "Hacedme caso y comed, que eso es lo mejor de la cena", exclama Trimalción. Quitada la tapa del globo, aparecen aves cebadas, tetas de cerdos y una liebre alada, figurando un Legano; en los ángulos del gran globo cuatro sátiros con corderos, de los cuales brotan chorros de salsa con mucha pimienta, que caen en un pequeño lago donde flotan pescados condimentados ya. Satisfechísimos, los convidados se abalanzan a tan exquisita comida y engullen.

—¿Quién es esa mujer que va y viene?, pregunta Encolpio. "Es Fortunata, la mujer de Trimalción, le contesta el comensal vecino. Es sabia, hacendosa y lista, pero tiene lengua viperina. Trimalción no ve más que por sus ojos, y si le dijera ella que a medianoche sale el sol, había de creerle".

Jabalina, tordos y cerdos

Después de una estrofaloría y amena lección astrológica de Trimalción sobre el Zodíaco, varios criados ponen debajo de los pies de los convidados almoharas, cuyos bordados representan escenas de casa. Se oye de improviso un gran estruendo y en la sala penetran perros de Laconia (Esparta), que empiezan a correr alrededor de la mesa. Detrás viene una gran fuente con una gruesa jabalina; lleva en la cabeza el gorro de un liberto (alusión al anfitrión), de los cojillos le cuelgan dos cestas, llenas de dátilos de Siria y de la Tebaida, y casi agarrados a las tetas, jabados de pasta cocuante. El trinchero, un hombrón barbudo, abre con un cuchillo de monte el vientre de la jabalina, del cual salen volando una bandada de tordos engordados; criados con varas llenas de ligas los cogen en seguida, ofreciendo uno a cada convidado. Entre tanto, un esclavo muy joven y hermosísimo, coronado de yedra y pámpanos, da vueltas a la gran mesa con una canasta de uvas, y canta con voz aguda versos compuestos por su amo. Al oírlo, Trimalción, conmovido, se vuelve y le dice: "¡Baco, sé libre!".

Quitados los platos serios al compás de la música, entran en la sala tres cerdos blancos, con borra y campanillas. Trimalción manda al cocinero que prepare en seguida el más viejo de los tres. Mientras el cocinero atiende a la prodigiosa tarea, Trimalción ilustra a los comensales acerca de la enorme extensión de sus tierras, habla con Agamenón de literatura y narra, luego de una serie de disparates mitológicos, la historia de la Sibila cumana, a la que él dice haber visto con sus propios ojos. Las saudades del anfitrión son interrumpidas cuando traen en una gran fuente aquel enorme cerdo milagrosamente ya cocido. Mas el co-



Scintila y Fortunata

Empieza a atardecer y va creciendo el destello de las liras en el triclinio. Traen otro plato: para cada uno de los comensales una polla cebada y huevo de oca. En esto están los convidados cuando, seguidos de numerosos acompañamiento, entran en el salón Habinas, marmolista, el mejor constructor de sarcófagos y cortador de Fortunata; está ya algo bebido y para sosegarlo se apoya en el hombro de su mujer, Scintila.

—Pero, dime, Cayo, pregunta Habinas, ¿por qué no está aquí Fortunata?

—Parece que no la conoces, contesta Trimalción. Ella no se bebería ni un vaso de agua sin haber antes guardado los cuartos y dado de comer a los esclavos.

A una señal del amo, todos los esclavos empiezan a llamar a Fortunata a gritos, tres o cuatro veces. La dueña llega por fin. El manto levántase y con un cinturón de color verde pálido comienza a ver la túnica color de cereza, ligas de toral de oro y zapatillas adornadas con bordados del mismo metal. Después de limpiar las manos en el pañuelo que lleva al cuello, se coloca en la misma cama que ocupa Scintila. Se besan y Fortunata susurra a la mujer de Habinas las pulseras de oro que ciñen sus robustos brazos, y se quita también las ligas y hasta la servilleta, asegurando que era de oro puro. Ambas estaban ya medio borrachas, y se urban improvisamente a reír, abrazándose luego estrechamente. Habinas se levanta sigilosamente y, cogiendo a Fortunata por las piernas, la hace dar una voltereta en la cama. Diez veces, volviendo con la túnica por encima de las rodillas, hasta que puede taparse, y volviendo a abrazar a Scintila, escende en el pañuelo la cara, que, sonrojada, parece aun más fea.

Algunos momentos después traen los... postres: pastel de tordos, pasas y nueces en dulce, membrillos llenos de clavos de especie que parecían estos marinos, y luego una especie de pan enorme, rodeado de aves y pescados de todas clases, pero en realidad hecho enteramente de carne de cerdo. Entran dos esclavos que, al parecer borrachos, habían armado cochinito ya antes, y llevan dos cinstaros cargados al cuello. Cada uno de ellos da un garrotazo al cinstaro del otro y se ven brótar de las ánforas rotas estruendo y almejas, que otro esclavo recoge en una fuente y distribuye entre los convidados. El cocinero, por su parte, lleva caracoles en una parrilla, de pasta, cantando con horrible y cascada voz.

Baile, baños, funerales y huida

Ya todos están borrachos. Esclavos de pelo largo traen cenizas en una palangana de plata y lavan con ellas los pies de los comensales, después de haberles envuelto las piernas en guirnaldas desde los muslos hasta los talones; vienen luego los que quedaban de las escencias en las ánforas del vino y en las lamparas. Fortunata empieza a bailar y Scintila aplopa y la imita, pero por el abundante vino bebido se ven obligadas a echarse sobre la cama. Trimalción lee entre tanto sus últimas disposiciones testamentarias, y encomienda a Habinas de reconstruir su sarcófago según las instrucciones indicadas. Arrebata la lectura, lleva Trimalción, lleva Fortunata, lleva Habinas, y todas las esclavas, como si fueran al entierro de su amo, gritan desahogado.

—¡Buena, amigos, dice de pronto Trimalción. Ya que sabemos que nos hemos de morir, aprovechemos alegremente de la vida que nos queda. Ahora vamos todos al baño.

—¡Muy bien, muy bien, grita Habinas. Mucho me gusta hacer de un día dos.

Mientras Trimalción y Habinas se levantan para ir al baño, Encolpio y Ascitio, teniendo los efectos del agua caliente después de una comida tal, piensan escurrirse entre el gentío. Guiados por Gítón, atraviesan el vestibulo, disponiéndose a salir; mas un portazo tremendo, aunque cuidadoso, los asusta de tal manera que sus ladridos que Ascitio, queriendo escapar, cae en un estanque; Afortunadamente, viene a libertarlos el portero, que hace callar al perro y los saca del estanque. Tráidos de frío, roegan ahora al esclavo que les condujera al baño; entran en la sala, semejante a una cisterna, donde ya está, en cueros, Trimalción, de pie, diciéndose majaderías con su frecuencia acostumbrada; de los circunstantes, unos corren alrededor del baño, otros se hacen coquillas mutuamente, con las manos atadas, intentan coger sortijas del suelo; algunos con una rodilla en tierra, echan la cabeza hacia atrás, esforzándose en darse en los pies con ella.

Disipados ya los vapores del vino, pasan todos a otra sala, en la cual Fortunata había dispuesto todo lo necesario para una comida espléndida. Las mesas son de plata maciza, las copas de arcilla dorada y delante hay un pellejo repleto de vino.

—Amigos, exclama Trimalción; hoy le certan la primera barbana a uno de mis esclavos predilectos, muy buen muchacho, al cual quiero mucho, y que al amanecer estemos aun en la mesa. Canta un gallo: señal de mal agüero. Se acaba en aquel punto la alegría. Los esclavos se turnan. Entre los recién llegados hay un muchacho muy guapo, al cual se abalanza Trimalción, llenándole de besos. Irritada Fortunata, empieza a insultar a su marido, llamándole cochino y vil, riñéndole ásperamente por no saber dominar sus vergonzosas aficiones, y acabando por tratarle de perro. Exasperado Trimalción por aquellas injurias, tira una cepa a la cabeza de Fortunata, que empieza a gritar, se tapa la cara con trémulas manos y se arroja, sollozando, en los brazos de Scintila.

En seguida Trimalción hace echar otro vino en un jarro grande, e indica que todos se figuran estar en el banquete de su funeral. Dan náuseas aquellas libaciones, y Trimalción, borracho perdido, dispone que entren unos trompeteros; luego, echándose en un lecho suntuoso y apoyando la cabeza en un montón de almohadas, dice: "Suponed que he muerto y hacedme una buena oración fúnebre".

Los instrumentos empiezan a lanzar lígubres sonidos. El criado de Habinas, que era el hombre más honrado entre la concurrencia, da chillidos tan estridentes que aborta la veintid, de tal modo que los vigilantes del barrio, creyendo que la casa arde, echan abajo las puertas y entran tumultuosamente con agua y hachas. Aprovechando la favorable coyuntura y despidiéndose de Agamenón con frívolo pretexto, Encolpio, Ascitio y el niño Gítón salen escapando de aquel infierno de náusea y fragor.

Así termina el banquete, en el que Trimalción es el tipo inmortal del romance, reflejando y condensando en sí, por el arte exquisito y terso de Petronio, también algunos caracteres permanentes de la naturaleza humana. Y no hay exageraciones. Otros escritores relataron cosas mucho más vergonzosas como hábitos corrientes en una capa social, en la cual el Imperio escogió, particularmente en los dos primeros siglos, la mayor parte de sus altos magistrados y hec...



cinero lo había cocido sin destriparlo. El pobre hombre es traído ante el dueño y desnudado, pero los ruegos de los convidados le ahorran los azotes.

"¡Buena, dice Trimalción, ya aplacado; ya que has tenido tan poca memoria, destripado delante de nosotros ahora mismo". El cocinero agarra el cuchillo, da varios tajos en la panza del cerdo y empiezan a brotar de las aberturas montones de salchichas y morcillas. Aplausos y gritos. El cocinero recibe una corona de plata. Trimalción, exaltándose cada vez más en sus jactancias de ultramillionario y en su frenesí de erudito, habla de sus vasos y bronces corintios, y narra la historia de César y el vidriero que había descubierto el vidrio infrangible.

Acrobacia, lotería y ternera cocida

De improviso entran unos acróbatas. Uno de ellos pone una escalera derecha y manda a un chiquillo que suba todas los pedales, hasta el último, cantando y bailando; que pase por entre aros ardientes y sostenga un cinstaro con los dientes. En medio del ejercicio, el chiquillo le cae encima de Trimalción, el que, en lugar de castigar al malaventurado niño, dispone que sea declarado libre, para que nunca se dijera que personaje tan importante había sido herido por un esclavo.

Trimalción quiere luego dar un ensayo de... filosofía, cuando empieza a circular alrededor de la mesa una urna con billetes de lotería. Un esclavo, destinando a esta tarea, ve leyendo los premios que tocan a cada convidado: un jamón con unas vinagreras encima, una cuerda de ahogado, frescas silvestres, un gancho, una manzana, un látigo, un cuchillo, pasas, y miel ática, un pastel y unas tabillitas, una liebre y una zapatilla, una rata, una rana y una acegla. Ascitio, levantando las manos al cielo, suelta una carcajada, lo cual irrita a uno de los libertos de Trimalción. "¿De qué ríes, estúpido?", le pregunta. ¿No te satisface la munificencia de mi amo?"

De súbito se oye un grito, y acuden criados llevando en una fuente enorme una ternera cocida con un casco en la cabeza; detrás viene otro trinchero, Ayax, que, espada en mano, y con furibundos ademanes, le da numerosos tajos; después, con la punta de la espada, reparte todos los trozos a los absortos comensales. De pronto cruje el techo con tal estrépito, que tiembla todo el triclinio; se entran en el artesonado y baja un gran redondel desprendido de la cúpula, ofreciendo a los convidados coronas doradas y vasos de alabastro llenos de perfumes y ungüentos. Invitados a aceptar aquellos obsequios, los comensales dirigen la mirada a la mesa, y la ven cubierta de una grandísima bandeja llena de pasteles; ocupa el centro una figurilla de priapo hecho de pastas, y según costumbre lleva en su amplio regazo uvas y otras frutas. En cuanto los convidados tocan los pasteles y las frutas, brotan chorros de safrán; convencidos de que aquel priapo era sagrado, todos hacen devotamente las libaciones de rito e incorporándose, gritan: "Protéjan los Dioses a Augusto, padre de la Patria".

EL HERMANO DEL DIABLO

misterioso personaje histórico. Por ejemplo, Alejandro Dumas, en su novela "Ange Pitou", no lo representa como un aventurero vulgar. Muy al contrario, el escritor demuestra a las claras su simpatía y su respeto a Cagliostro y hasta cierta veneración.

famoso en el siglo XVIII, Casanova, en sus memorias, menciona un episodio muy interesante. En el año 1770 Casanova viajaba por Provenza y, habiendo parado en una hostería, conoció allí a un matrimonio italiano que llamó su atención. La pare-

De estas palabras, Casanova sacó la conclusión que la bella desconocida no pertenecía a la alta sociedad italiana, pues, en aquella época, hasta la aristocracia romana, la más retrógrada de todas, daba a sus hijas una enseñanza, aunque sea la más rudimentaria.

La dama en cuestión era Lorenza Feliciani, oriunda de Roma, esposa legítima de Giuseppe Balsamo.

Por espacio de muchos años Lorenza acompañaba siempre a su esposo en sus misteriosos viajes por el mundo. El matrimonio ha recorrido Italia, España, Francia, Inglaterra, Bélgica, Alemania y Rusia. En aquel entonces un viaje, por más corto que fuera, costaba mucho. Y los viajes que efectuaban los esposos Balsamo, o como se hacían llamar, "los esposos Alejandro y Serafina Cagliostro" requerían enormes gastos. ¿De dónde, pues, sacaban ellos el dinero necesario?

Antes de casarse, el conde Cagliostro ha visitado los países del Oriente y, según él mismo lo afirmaba repetidas veces, se inició allí en las ciencias ocultas, adquiriendo conocimientos misteriosos. Se convirtió en un profeta, capaz de predecir el porvenir, en un médico, capaz de efectuar curas milagrosas, por medio de medicinas desconocidas a los facultativos europeos, y se enteró del secreto de convertir en oro los metales ordinarios y del fabricar el elixir de la eterna juventud.

¿Quién sabe qué había de cierto en sus palabras? Desde los tiempos remotos la humanidad mantiene latente la creencia en la posibilidad de fabricar oro. En la historia existen indicios de que algunos alquimistas habían llegado a descubrir el secreto de convertir en oro otros metales más baratos.

Sin embargo, no cabe la menor duda de que el conde Cagliostro no poseía aquel secreto, pues siempre necesitaba dinero y lo conseguía por medio de varios métodos, muy ingeniosos por cierto, pero no misteriosos: pedía prestado, cobraba sumas fabulosas por sus curas, etc. En una ocasión en Londres, la tentativa de conseguir dinero le trajo como consecuencia un proceso judicial por una simple y vulgar estafa.

"El elixir de la juventud" era el ensueño de los alquimistas medioevales, mucho más fantástico que "la piedra filosofal". El conde Cagliostro aseguraba que sabía prepararlo. Pero es indudable que los remedios que vendía a enormes precios, haciéndolos pasar por "el elixir de la juventud" no lograban su ansiado fin.

El carácter y la extensión de los conocimientos de Cagliostro representan un misterio que, hasta ahora, queda irresoluble. El hecho es que aquel hombre

POR
Reisa L. de Dorfman
Ilustración de Pargagnoli

curaba sus pacientes con remedios desconocidos para los médicos profesionales de fines del siglo XVIII. Se supone que Cagliostro conocía la aplicación de las anestésias y curaba con hipnotismo y con las corrientes eléctricas. Es indudable que conocía muchos remedios con los que conseguía resultados que a sus contemporáneos parecían milagrosos. Uno de los remedios que solía dar Cagliostro a los enfermos viejos constituía las fuerzas de éstos con tanta rapidez que les hacía creer en el regreso de su juventud. Aquel remedio, probablemente, contenía arsénico. Bien es cierto que los médicos de aquella época recetaban a sus enfermos el arsénico, pero solamente en dosis mínimas. En cambio, Cagliostro, por lo visto, poseía el secreto de introducir el arsénico en los cuerpos de sus enfermos en enormes cantidades, sin envenenarlos, logrando aumentar las energías de sus organismos. Dicho secreto es desconocido a los sabios occidentales hasta la fecha. Si Cagliostro, en su juventud,

cabo de poco tiempo terminaba por despertar sospechas en las personas que lo estimaban y se veía obligado a huir.

El último error cometido por Cagliostro, que resultó ser fatal para él, consistió en que, siendo ya mundialmente famoso, se atrevió a aparecer en Roma, ciudad a la que no le convenía ir.

Sucedió eso en el año 1790, época asaz turbulenta para Roma. La reciente revolución francesa se consideraba muy peligrosa por los Papas. Tanto éstos como la orden de los jesuitas, preveían la aproximación de la tormenta revolucionaria que, en realidad, no tardó en desencadenarse en 1793. Y el Vaticano estaba bien enterado acerca de las relaciones que mantenía Cagliostro con muchas personas que tomaban parte activa en la Revolución Francesa.

Desde que el "conde" apareció en Roma, fué estrictamente vigilado. Y, para colmo de sus desgracias, Cagliostro se portaba de una manera muy desprecupada y, muy a menudo, en sus conversaciones, dejaba traslucir su actividad, dando abundante material para la acusación.

Los amigos de Cagliostro le prevenían que corría un gran riesgo, aconsejándole huir de Roma. Pero el conde no les hacía caso, diciendo: —El Papa no se atreverá a

matarme. Lorenza se enamoró de un joven francés, apellidado Duplessi, y huyó con éste. Cuando su paradero fué descubierto, la mujer denunció a su esposo legítimo, diciendo que era un conde falso y que se procuraba medios de vida, haciendo estafas. Obrando de esta manera, Lorenza acribraba la esperanza de que a Cagliostro le iban a encerrar en una prisión, gracias a lo cual ella quedaría libre para toda la vida. Pero resultó que en vez de a su marido, la llevaron presa a ella misma y fué Cagliostro quien la sacó del calabozo.

Es notable que aquel hombre hizo voluntariamente todos los esfuerzos imaginables para lograr que dejaran en libertad a la mujer que le ha sido infiel y lo ha delatado; Cagliostro decía que perdonaba a Lorenza todos sus pecados porque la consideraba débil de carácter e ingenua como una criatura irresponsable.

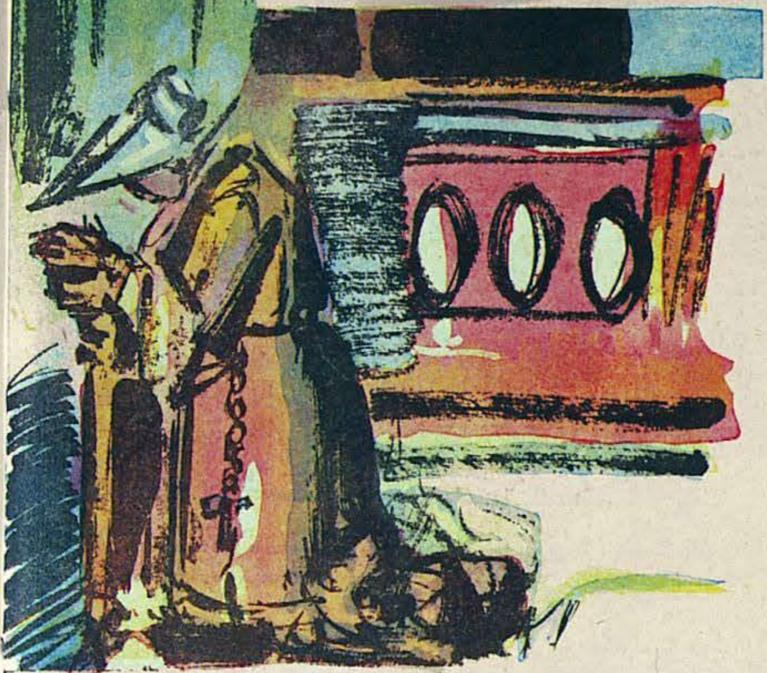
Lorenza Feliciani también tuvo su época de gloria. Cuando se llega a comprobar que Cagliostro tenía algo que ver con el famoso proceso del aderezo de la reina, lo han arrestado y, junto con su esposa, recluso en la Bastilla. Entre los habitantes de París había divergencias en la cuestión de la culpabilidad de Cagliostro. Pero, en cuanto a la de su esposa, todo el mundo estaba de acuerdo en que su

Al principio del proceso de Cagliostro, Lorenza fué encerrada en la prisión femenina, en el monasterio de San Apolonio. Pero una vez pronunciada la sentencia, la dejaron en libertad, se prodóle permiso para volver a la casa paterna. Pero por más extraño y misterioso que parezca, la encantadora joven que tanto ansiaba la libertad, se negó a salir del convento. Tres años más tarde, unos cuantos meses antes de la muerte de Cagliostro, Lorenza falleció en el monasterio que le servía de prisión.

En relación con su muerte en Roma corrieron rumores misteriosos. Se habló del suicidio y del homicidio. Pero, al cabo de poco tiempo, la gente dejó de interesarse por el destino de Lorenza.

Los grandes acontecimientos políticos que, como una tormenta, se propagaban por toda Europa, no tardaron en borrar casi por completo, de la memoria de la gente el recuerdo de la vida tumultuosa de Cagliostro y de su compañera. La atención del mundo entero fué atraída por un nuevo nombre: el de Napoleón Bonaparte.

En Roma existe, hasta la fecha, la leyenda que dice que siendo aún un modesto oficial desconocido, Napoleón, encontró a un misterioso personaje que viajaba de incognito en su compañía de su hermosa espo-



No cabe la menor duda de que la figura más interesante y misteriosa del fin del siglo XVIII es el famoso "mago, hechicero y brujo" Cagliostro, o Giuseppe Balsamo.

La vida de este hombre, que en todo sobresalía del nivel de la vida común, estaba rodeada de misterios. Sus correrías por el mundo están envueltas en una aureola enigmática y sombría. Sus relaciones, tanto como su sabiduría, eran misteriosas. En realidad, hasta la fecha no sabemos, a ciencia cierta, qué clase de persona era Cagliostro.

Los historiadores y los sabios, en su mayoría, lo tenían en un concepto despectivo, considerándolo simple y llanamente "el estafador más grande de todas las épocas, un aventurero, que poseía una habilidad rayana en la genialidad". Sin embargo, muchos escritores tienen otra opinión de este

ración ante los misteriosos conocimientos que aquel dominaba. Dumas, evidentemente, lo considera un filósofo-profeta, al que no pudo comprender el vulgo. Con el entusiasmo, propio de este gran escritor, Dumas atribuye a Cagliostro el papel de derrumbador de los caducos fundamentos de la vida de su época, de revolucionario, en el amplio sentido de esta palabra.

Los sabios de hoy en día empiezan a juzgar a Cagliostro con más benevolencia. Los grandes descubrimientos hechos en el mundo de las ciencias, en los últimos años, nos dan la posibilidad de juzgar desde un punto de vista diferente muchas cosas que en la época en que vivía Dumas, se consideraban mentiras o trucos hábiles. Por ejemplo, el hipnotismo explica satisfactoriamente muchos experimentos que hacía Cagliostro y que, para sus contemporáneos, parecían artes del diablo. Otro aventurero, que se hizo

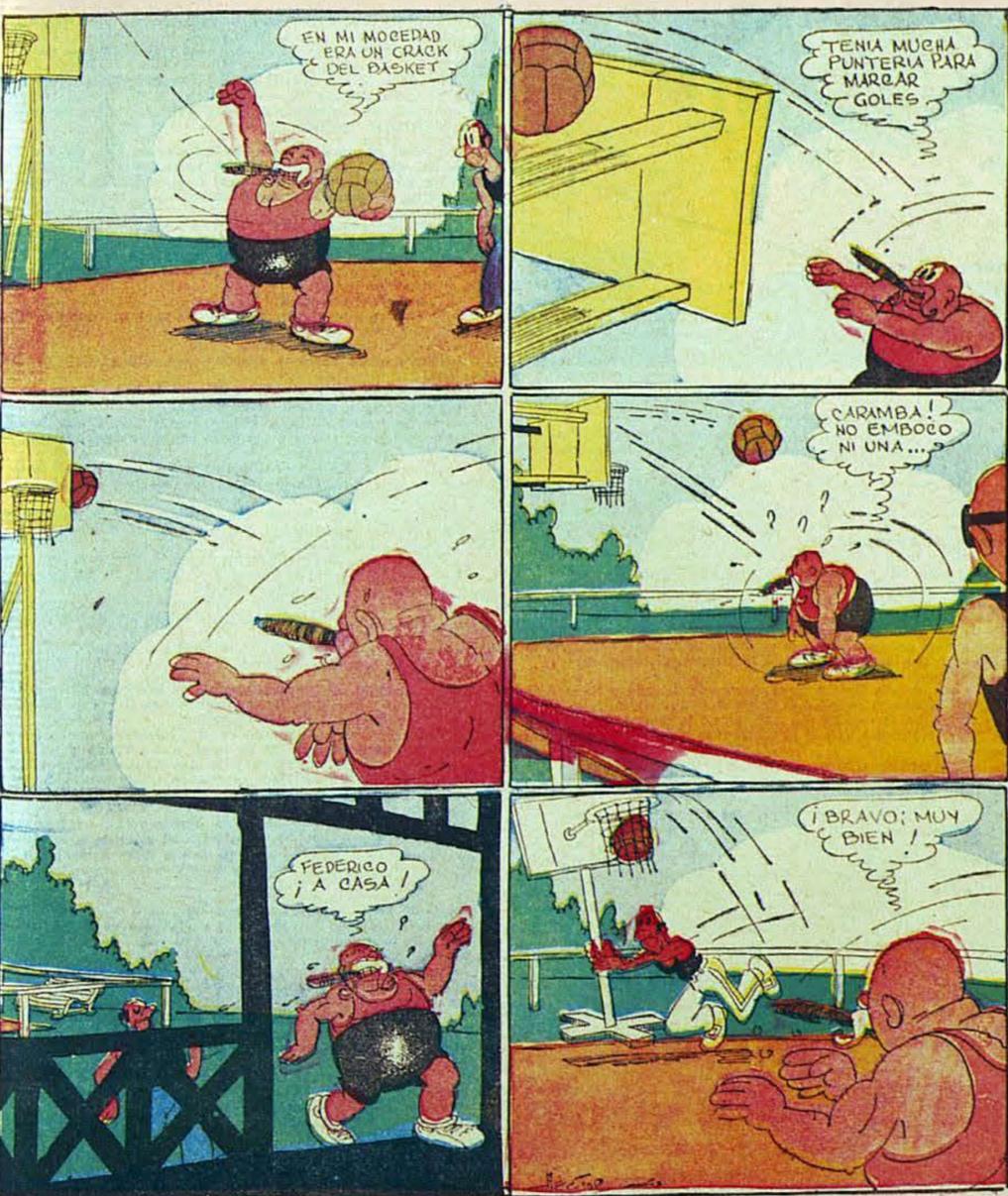
regresaba a su patria de un largo y penoso peregrinaje, durante el cual vivía solo de las donaciones de los feligreses. Casanova fué asombrado por el hecho, puesto que las personas, que vivían de limosna, eran: un joven de 25 años de edad, inteligente y muy instruido, y su esposa, bella, joven y bien educada, juzgando por sus modales refinados.

"Aquella mujer —escribe Casanova— poseía todos los rasgos de nobleza innata: era modesta, fina, sumamente simpática y, con su movimiento y su mirada, demostraba timidez y pudor".

En una ocasión, la joven tuvo que firmar un papel, en presencia de Casanova, y entonces resultó que no sabía escribir. —Soy romana —explicó la hermosa analfabeta— y en Roma ni una sola familia distinguida admite que sus hijas aprendan a escribir. Es sabido que la instrucción sólo puede echar a perder a una muchacha.



El Nuevo Rico ★ por H. Rodríguez



hubiera recibido una buena instrucción, adquiriendo conocimientos científicos, es muy probable que hubiera aportado mucho al caudal de la cultura de la humanidad. Pero aquel hombre no sólo carecía de conocimientos fundamentales, sino que, aparte de eso, poseía un temperamento tumultuoso y la inclinación a la vida llena de aventuras, lo que ocasionó su perdición.

Durante su residencia en Londres, Cagliostro penetró en el misterioso círculo cerrado de los francmasones. Viviendo en Alemania, desarrollaba su actividad entre los misteriosos "iluminados". Después de haber vivido un tiempo en Rusia, fué expulsado de este país por orden de la emperatriz Catalina II, que sospechaba que el falso conde era un peligroso conspirador. Su ruidosa vida en París terminó con un sensacional proceso, en que se acusaba a Cagliostro por sospecha de haber tomado parte en el famoso robo del aderezo de la reina María Antonieta. A consecuencia de este juicio el "conde" fué deportado. Para salvarse de las acusaciones vergonzosas que pesaban sobre él, cuando vivía en Londres, tuvo que huir de esta ciudad.

En todas las partes en que aparecía Cagliostro, al principio encantaba a todo el mundo, atrayendo simpatías. Pero al

molestarme. Pero el gran mago se había equivocado. Lo han llevado preso y sometido a un proceso judicial, acusándolo de herejía, de haber armado un complot contra la Santa Iglesia, de haber tomado parte en las sociedades políticas clandestinas, de haberse dedicado a la magia negra, etc., etc. El Tribunal de la Inquisición lo ha sentenciado a la muerte.

Sin embargo, tomándolo en cuenta la gran popularidad de Cagliostro, el gobierno de Roma no se atrevió a ejecutarlo, por temor de provocar el descontento de la población. En mayo del año 1791 en las calles y las plazas de Roma apareció el decreto que decía que la pena capital sentenciada para Cagliostro fué substituída por la de cadena perpetua. Lo han recluso en la antigua fortaleza de San Leo, construída en una roca inasequible.

Al cabo de cuatro años, en 1795, Cagliostro murió en su prisión de un modo misterioso. Era un hombre, relativamente joven y gozaba de perfecta salud.

La vida de Lorenza Feliciani, esposa de Cagliostro, también es muy interesante.

Esta mujer acompañaba a su marido en todos sus viajes. Durante su primera estadía en París demostró la falta de adhesión a su esposo y a la fidelidad

reclusión era una injusticia bárbara. Cuando, al cabo de poco tiempo, Lorenza fué puesta en libertad, el público le dispuso una acogida verdaderamente triunfal. Por un tiempo la esposa de Cagliostro se convirtió en la mujer más popular del mundo. Los poetas cantaban su divina belleza, maldiciendo a sus carceleros. La casa de la joven era asediada por los visitantes. Los jóvenes franceses, de alma entusiasta, al encontrarla en la calle arrojaban flores a sus plantas. Entre ellos se cuenta a un innumerable número, en honor de "la bella romana".

Pero esta vida, parecida a un hermoso sueño, no duró mucho tiempo. Por fin Lorenza se vio obligada a compartir el destino de Cagliostro, volviendo a vagar con él por todas las partes de Europa. Durante estos viajes la joven tuvo que soportar, junto con su esposo, todos los disgustos relacionados con la peregrina vida de aventureros.

El papel que desempeñó la bella Lorenza en los últimos años de la vida de su marido era triste y, hasta, trágico: sus declaraciones tuvieron una influencia decisiva en la sentencia de muerte que pronunció el Tribunal de Roma, acusando a Cagliostro de magia, herejía, etc. Y la mujer seguía denunciando a su marido, sin detenerse ante las calumnias,

sa. Durante la conversación que se estableció, el desconocido le predijo a Napoleón la fama mundial. Entonces, Bonaparte le dijo riendo: —Si su profecía llega a cumplirse y me convierto en un nuevo César, lo llevaré a usted a mi Corte en calidad de mi primer consejero.

A lo que el hombre misterioso le contestó, con una triste sonrisa en los labios: —Moriré, envenenado por mis enemigos, antes de que se feliz estrella suba en el horizonte.

Es evidente que el enigmático personaje que se menciona en esta leyenda era Cagliostro.

Es posible que la leyenda en cuestión tenga su origen en un hecho, que carece de mayor importancia: a saber: que Napoleón siempre demostró gran interés por la vida del "mago" brujo de Panormo, el doctor Giuseppe Balsamo, que se hacía llamar "conde Alejandro Cagliostro". Y la imaginación de los romanos, que siempre se ha destacado por su romanticismo, ha inventado la poética leyenda. En todo caso, no cabe la menor duda de que, si el malogrado Cagliostro hubiera vivido en la época actual, su currículum habría sido completamente diferente, pues se hubiera convertido en un gran sabio, haciendo valiosos aportes al caudal de la ciencia mundial.

La Estatua Voluntaria

¿Cómo se llama usted? y el Cristal

Después de una inquietu vacilación, el interrogado respondió, poniendo un acento de alegría en su nombre y de tristeza en el apellido. Su nombre lo dijo en una rápida satisfacción porque ya tenía trabajo, pero su apellido lo pronunciaba bajo una autovisión.

- Marcos... Suss.
- ¿Cuántos años tiene?
- Cuarenta.
- ¿Su estado civil?
- Casado, señor.
- ¿Qué empleo ha desempeñado alguna vez, últimamente?

Apretando los puños e irguiéndose repentinamente, Marcos Suss, contestó:

—Fui secretario en una importante dependencia...

Fue cortado, interrumpido bruscamente.

—¿En qué sitio? ¿Cuándo? ¿Vamos?

Zaherido por la súbita retahíla, Marcos Suss sintió un calor insoportable en su rostro, que le subía desde el fondo de su corazón, de su educación. Sin embargo, sumiso, perturbado y galante, repuso, instantáneamente:

—Ahí sí, Este... El gerente de la casa New Star, que se estaba indagando, no lo dejó terminar. Hizo un movimiento de cabeza, como si no le importara de ese antecedente. Acaso, presentaba, que el pasado de ese hombre que tenía a su disposición fuera muy distinto al suyo. Entonces, no quería sobrecojerse al impulso que fácilmente le hubiera dado una comparación semejante. Con un manequí. Se recordó que esa ligera transición y continuó en el uso de la palabra:

—Ya sabe usted el concepto que goza la casa en este centro, en esta ciudad. Es inmensamente poderosa. Tiene un prestigio propio, hecho a través de treinta años de incesante trabajo y desvelos. Conozco a muchos clientes desde su fundación. Es escrupulosa y desinteresada... Claro, claro.

Su labor, su... me entiende, acrecerá, indudablemente, la difusión de su nombre. Bien. De usted depende la acogida que le dispensará el público a esta novedad. Bueno, novedad, no. En fin, rango, actualidad, esfuerzo, para cuyo propósito y en homenaje del cual la casa no escatimará, ni estimará jamás un sacrificio. Mañana a las 4 de la tarde se presentará usted al jefe principal de Corte y Confección y quedará a sus órdenes. El lo vestirá a su gusto. Lo demás, en la vidriera, quedará bajo la responsabilidad de lo convenido y de sus promesas.

Marcos Suss se inclinó con reverencia y salió del escritorio del gerente de la New Star. Su traje achicado desde su alumbramiento de una increíble manera, raído y lustroso, hacía un grotesco contraste con su discreta estatua y sus facciones acentuadas y finas.

Ya en la planta baja, Marcos Suss caminaba como desvelado, mezclado en el gentío que circulaba por entre los pasillos, escaparates y vitrinas de la New Star. Ese ambiente fastuoso, móvil y heterogéneo, compuesto, en parte, de hombres, mujeres y niños, arremolinados como en una incesante e inexplicable búsqueda, parecía envolverlo y apretarlo. Iba como sostenido por una inapetible justicia, a no pronunciarse una palabra, a no pensar ni sentir las cosas. En medio de su aturdimiento, se esclarecían algunas ideas y esperanzas, enterradas desde tanto tiempo en el abismo pesoso, recordando que ya tendría cómo resolver varias de esas situaciones impuras y desesperantes del hogar que, como por generación espontánea, hacen, se desarrollan y se multiplican, en vez de morir, aunque no fuera biológicamente... Esas situaciones a que llevan a menudo los proveedores de "artículos de primera necesidad", expresión cordial, que usan y abusan tanto las cooperativas como las sociedades de beneficencia.

Una vez en la calle, sintió, por un instante, todos los privilegios y la infinitud insaciable de la libertad.

El compromiso que había dejado contraído con la New Star lo vinculaba prematuramente en tal modo, que se juzgaba desposeído en absoluto de sus facultades morales y físicas. Su rol en el futuro, era sencillamente la obra maestra "un ser sin ser", según se explicaba literalmente, Marcos Suss, al poco tiempo que aislaba en su mente, aforismos no menos reputados y célebres que repeta por función de la subconsciencia, tales como "to be o not to be" o aquello de que "serás lo que debas ser o si no serás nada". Sus reflexiones se diluían en un juego de frases. Así, caminando, rechazando, a momentos como soñando, alivio unas veces y humillado otras, llegó hasta su casa. ¡Su casa! Una enorme finca del suburbio, circundada por

terrenos baldíos, vieja y destruída en caprichosos cortes por una sublevación sino unánime, muy numerosa de todos sus elementos y materiales. De ese estado caótico en que seguía el edificio, sólo dos habitaciones disfrutaban el orgullo de mantener inalterables el orden y la disciplina arquitectónica. La primera y la última. Entre éstas, como una desestimación atrevida a lo que afirmaba Aristóteles de que la virtud está en el medio, las habitaciones habían perdido su contacto, su unidad, en donde los techos, perforados y hundidos, tapiados con algunas chapas de zinc, ostentaban una cantidad de objetos invaluable y sucios que se veían con involuntaria tristeza. Mangos de escobas, latas, zapatos destejidos por la lluvia, restos, abiertos como una boca; rotos, de una jaula de pájaros. Un patio muy grande, sin baldosas que lo cubrieran suficientemente y una higuera enana cerca de la pequeña cocina que el mismo había construido con maderas de cajón ensambladas en una primorosa hojalatería, dominaba el interior como un oasis, en donde el crepúsculo derramaba el maleficio de su hora y de su color.

Era su casa. La casa de Marcos Suss, ex secretario de una importante dependencia. Allí, pues, tenía reclusos sus afectos, su ternura, su amor. Todo su valor y sus ambiciones se inspiraban en ese lugar desmantelado, en ese humilde cuartelón. La algarabía de sus pequeños rellenos llenaban los alrededores estéticos. Su mujer, sabía amenizar ese silencio de panteón que bajaba por las noches, cantándole, riéndole, ilusionándole. Y "Estrellita", una canaria vivaz, fecunda, armoniosa como la canción mejicana,

había llenado su blanca prisión de pajaritos cantadores. Por eso, las mañanas, entraban sonrientes, a veces, casi alegres, en el alma de Marcos Suss, escuchando esa música múltiple e inmortal de los trinos...

La acera estaba materialmente interrumpida. La gente se sucedía por instantes, renovándose de esa forma el grupo compacto que se formaba frente a una de las vidrieras de la New Star. Marcos Suss, de cuerpo entero, inmóvil, en una actitud forzada pero graciosa e insinuante, parecía embalsamado. Su cabeza con el cabello brillante. El traje, los botines, los guantes y otras prendas de vestir duras y con definidos tintes, acreditaban su flamante figura. Con las mejillas sonrosadas y los ojos grandes y enternecidos, Marcos Suss miraba fijamente quién sabe qué pintadas o reales imágenes. Su mirada abarcaba todas las miradas de los demás, las atravesaba. El rostro era así, una máscara de su rostro, suave, bella, artísticamente realizada.

Marcos Suss estaba sufriendo toda clase de perturbaciones orgánicas, fenómenos fisiológicos, alteraciones morales. No hacía diez minutos que se había erigido allí, en una pequeña y ridícula estatua de la moda. Había

gestiones; supersticiones, estupideces sociales, simulaciones, individualismo... Y de nuevo se sentía en la cumbre de una intemperable irremediable y multilateral. Se veía aumentado, gigantesco, desfigurado por un prisma que parecía se pasaba de mano en mano los espectadores de su espectáculo... Y pensaba por centésima vez: "Un ser sin ser".

Si, ya lo tenía resuelto. El no podía encarnar lo que precisamente lo revelaba. Ese mismo día se adelantaría al gerente de la New Star. Le extendería su mano. Se marcharía sin decirle la sola palabra. ¡Qué consuelo! Todavía reservaba fuerzas para apoyar un gesto que lo honraba, que lo enaltecía. Lo contrario hubiera sido un renunciamiento lapidario. Sí. Sí. ¡El hombre! ¡El hombre!

Al día siguiente, la casa New Star ofrecía al público una confección magnífica y sobria. Un modelo impecable en gris, creado por su cortador, un excelente "maestro húngaro" que había aprendido tan difícil arte entre los mejores modistos de Londres. Era "aquella" una extraordinaria sanción de su virtuosismo. Inspirado en las formas atléticas, en la estatua de los apolíneos y antiguos griegos, de la sultura de los corredores de cuadrigas en la vieja Roma, había conseguido, mediante dobles costuras, rellenos y otros trucos secretos que solamente los ejercía su mano, un modelo impecable en gris. Además de la originalidad que significaba por sus solapas circulares y los bolsillos en triángulo por un método deducido por una fórmula geométrica, la arrogancia obtenida, la distinción que importaba su uso, daba una exquisita impresión de "buen gusto", delineando correcta y majestuosamente el aspecto. Adquiría también, así, quien lo comprase, todo el valor representativo por el que se puede mostrar y conocer un caballero. Todo esto, por un precio reducido, módico, a plazos...

Los diarios habían anunciado con grandes avisos esta notable exhibición.

A la hora de costumbre, nuevamente, la vidriera de la New Star absorbía el interés y la genialidad de la urbe.

Marcos Suss, con la faz mejor arreglada que el día anterior, con una semblanza viva y optimista, además de vestir el impecable modelo gris, tenía en su diestra un grueso bastón amarillo...

ya hecho sucumbir dos o tres bochazos entre sus mandíbulas, apretándolas. Desechó innumerables comeceras haciendo jugar sus músculos, allí, parado, tieso, torturado. Si fuera presidiario, argüía entre dientes, hacía hundir este maldito piso en que me encuentro, a 100, a 1000 metros bajo tierra. Pero un recurso humano que contribuye siempre a la liberación del hombre exigido por la vida, le permitía, al menos, hacer girar su cabeza, mecánicamente, como si ésta siguiera los segundos de un invisible reloj. Este hecho lo aliviaba un poco. ¡Cuánta gente! ¡Todos lo miraban!

"Un ser sin ser", pensaba. No podía hablar, no podía gritar. No, no. ¿Qué ocurriría si el saliera disparando desde ese cuadrado adornado e iluminado, que le había llevado sus sentimientos como si éstos fueran estériles y superfueros. No era, loco. ¿Quién lo habrá reconocido? El tenía pocos amigos. Los amigos de él, seguramente, no andaban a esa hora, a pie, por

las calles de Buenos Aires. No obstante, uno, no más que lo viera, sería suficiente. ¡Qué atroz! ¡Ahí mañana, este mismo día me voy, sí, me voy, repeticion los huesos de la cabeza. ¡No quiero nada. No, ni una corbata, ni un pañuelo, ni un centavo!

Una aparición intempestiva, como surgida cerca del cristal que lo separaba del mundo, le desarrejó sus pensamientos, ahogó todas sus palabras sin sonidos. Fue el infinito fragmento de un ensueño. Una mujer. Una de esas mujeres que se pueden dividir en dos partes. Una para el espíritu. Otra para los sentidos. Vestida para estar desnuda. Sonriente para ser triste. Estaba cerca, muy cerca. Lo miraba, Marcos Suss había desviado sus ojos, los había apartado quién sabe de dónde para mirarla apenas, sí, la fracción de un segundo, porque sus ojos estaban también afeitados, comprados por la New Star. No la podía mirar. Y ella, estaba allí, cerquita. Una lucha tenaz, a pedazos, se libra-

ba en Marcos Suss. Una lucha impaciente y ocultamente dramática. El maniquí y el hombre.

Una dualidad feroz, una reyería trágica entre personalidades modernas. Una mujer, nada más que inesperada, demasiado viviente, pero sobre todo inescrutable, como son todas las causas que llamamos generalmente destino, le había planteado una definición terrible. Era la primera. ¿Hombre o manequí?

Luchando, otra vez, se perdió su mirada allá lejos. Sus pupilas resbalaban sobre las cabezas de la muchedumbre que miraba un manequí. No quería pensar, no podía pensar que diría esa gente. Ella no sabía nada del "brumoso cuartelón", de "Estrellita". La gente no analiza nunca para hacer un juicio. El enjambre callejero llevaba sordamente a sus oídos. Todo ese farrago, esa farándula, la anónima, lástimos que acicatean el progreso, la civilización, están representadas por mí, decía Marcos Suss. Sí, por mí. Yo soy un símbolo. El símbolo de la vanidad. Se hacía una confusión de conceptos. Andaba por su memoria algo de lo que se dice aniquila la existencia del hombre, que lo ha rebajado, bajo y estrecho como la escena de un gran-guignol? No, no podía. Pero él se moría, se volvía loco. ¿Quién lo habrá reconocido? El tenía pocos amigos. Los amigos de él, seguramente, no andaban a esa hora, a pie, por

las calles de Buenos Aires. No obstante, uno, no más que lo viera, sería suficiente. ¡Qué atroz! ¡Ahí mañana, este mismo día me voy, sí, me voy, repeticion los huesos de la cabeza. ¡No quiero nada. No, ni una corbata, ni un pañuelo, ni un centavo!

Una aparición intempestiva, como surgida cerca del cristal que lo separaba del mundo, le desarrejó sus pensamientos, ahogó todas sus palabras sin sonidos. Fue el infinito fragmento de un ensueño. Una mujer. Una de esas mujeres que se pueden dividir en dos partes. Una para el espíritu. Otra para los sentidos. Vestida para estar desnuda. Sonriente para ser triste. Estaba cerca, muy cerca. Lo miraba, Marcos Suss había desviado sus ojos, los había apartado quién sabe de dónde para mirarla apenas, sí, la fracción de un segundo, porque sus ojos estaban también afeitados, comprados por la New Star. No la podía mirar. Y ella, estaba allí, cerquita. Una lucha tenaz, a pedazos, se libra-

ba en Marcos Suss. Una lucha impaciente y ocultamente dramática. El maniquí y el hombre.

Una dualidad feroz, una reyería trágica entre personalidades modernas. Una mujer, nada más que inesperada, demasiado viviente, pero sobre todo inescrutable, como son todas las causas que llamamos generalmente destino, le había planteado una definición terrible. Era la primera. ¿Hombre o manequí?

Luchando, otra vez, se perdió su mirada allá lejos. Sus pupilas resbalaban sobre las cabezas de la muchedumbre que miraba un manequí. No quería pensar, no podía pensar que diría esa gente. Ella no sabía nada del "brumoso cuartelón", de "Estrellita". La gente no analiza nunca para hacer un juicio. El enjambre callejero llevaba sordamente a sus oídos. Todo ese farrago, esa farándula, la anónima, lástimos que acicatean el progreso, la civilización, están representadas por mí, decía Marcos Suss. Sí, por mí. Yo soy un símbolo. El símbolo de la vanidad. Se hacía una confusión de conceptos. Andaba por su memoria algo de lo que se dice aniquila la existencia del hombre, que lo ha rebajado, bajo y estrecho como la escena de un gran-guignol? No, no podía. Pero él se moría, se volvía loco. ¿Quién lo habrá reconocido? El tenía pocos amigos. Los amigos de él, seguramente, no andaban a esa hora, a pie, por

las calles de Buenos Aires. No obstante, uno, no más que lo viera, sería suficiente. ¡Qué atroz! ¡Ahí mañana, este mismo día me voy, sí, me voy, repeticion los huesos de la cabeza. ¡No quiero nada. No, ni una corbata, ni un pañuelo, ni un centavo!

Una aparición intempestiva, como surgida cerca del cristal que lo separaba del mundo, le desarrejó sus pensamientos, ahogó todas sus palabras sin sonidos. Fue el infinito fragmento de un ensueño. Una mujer. Una de esas mujeres que se pueden dividir en dos partes. Una para el espíritu. Otra para los sentidos. Vestida para estar desnuda. Sonriente para ser triste. Estaba cerca, muy cerca. Lo miraba, Marcos Suss había desviado sus ojos, los había apartado quién sabe de dónde para mirarla apenas, sí, la fracción de un segundo, porque sus ojos estaban también afeitados, comprados por la New Star. No la podía mirar. Y ella, estaba allí, cerquita. Una lucha tenaz, a pedazos, se libra-

ba en Marcos Suss. Una lucha impaciente y ocultamente dramática. El maniquí y el hombre.

Una dualidad feroz, una reyería trágica entre personalidades modernas. Una mujer, nada más que inesperada, demasiado viviente, pero sobre todo inescrutable, como son todas las causas que llamamos generalmente destino, le había planteado una definición terrible. Era la primera. ¿Hombre o manequí?

Luchando, otra vez, se perdió su mirada allá lejos. Sus pupilas resbalaban sobre las cabezas de la muchedumbre que miraba un manequí. No quería pensar, no podía pensar que diría esa gente. Ella no sabía nada del "brumoso cuartelón", de "Estrellita". La gente no analiza nunca para hacer un juicio. El enjambre callejero llevaba sordamente a sus oídos. Todo ese farrago, esa farándula, la anónima, lástimos que acicatean el progreso, la civilización, están representadas por mí, decía Marcos Suss. Sí, por mí. Yo soy un símbolo. El símbolo de la vanidad. Se hacía una confusión de conceptos. Andaba por su memoria algo de lo que se dice aniquila la existencia del hombre, que lo ha rebajado, bajo y estrecho como la escena de un gran-guignol? No, no podía. Pero él se moría, se volvía loco. ¿Quién lo habrá reconocido? El tenía pocos amigos. Los amigos de él, seguramente, no andaban a esa hora, a pie, por

las calles de Buenos Aires. No obstante, uno, no más que lo viera, sería suficiente. ¡Qué atroz! ¡Ahí mañana, este mismo día me voy, sí, me voy, repeticion los huesos de la cabeza. ¡No quiero nada. No, ni una corbata, ni un pañuelo, ni un centavo!

Una aparición intempestiva, como surgida cerca del cristal que lo separaba del mundo, le desarrejó sus pensamientos, ahogó todas sus palabras sin sonidos. Fue el infinito fragmento de un ensueño. Una mujer. Una de esas mujeres que se pueden dividir en dos partes. Una para el espíritu. Otra para los sentidos. Vestida para estar desnuda. Sonriente para ser triste. Estaba cerca, muy cerca. Lo miraba, Marcos Suss había desviado sus ojos, los había apartado quién sabe de dónde para mirarla apenas, sí, la fracción de un segundo, porque sus ojos estaban también afeitados, comprados por la New Star. No la podía mirar. Y ella, estaba allí, cerquita. Una lucha tenaz, a pedazos, se libra-

ba en Marcos Suss. Una lucha impaciente y ocultamente dramática. El maniquí y el hombre.

Una dualidad feroz, una reyería trágica entre personalidades modernas. Una mujer, nada más que inesperada, demasiado viviente, pero sobre todo inescrutable, como son todas las causas que llamamos generalmente destino, le había planteado una definición terrible. Era la primera. ¿Hombre o manequí?

Luchando, otra vez, se perdió su mirada allá lejos. Sus pupilas resbalaban sobre las cabezas de la muchedumbre que miraba un manequí. No quería pensar, no podía pensar que diría esa gente. Ella no sabía nada del "brumoso cuartelón", de "Estrellita". La gente no analiza nunca para hacer un juicio. El enjambre callejero llevaba sordamente a sus oídos. Todo ese farrago, esa farándula, la anónima, lástimos que acicatean el progreso, la civilización, están representadas por mí, decía Marcos Suss. Sí, por mí. Yo soy un símbolo. El símbolo de la vanidad. Se hacía una confusión de conceptos. Andaba por su memoria algo de lo que se dice aniquila la existencia del hombre, que lo ha rebajado, bajo y estrecho como la escena de un gran-guignol? No, no podía. Pero él se moría, se volvía loco. ¿Quién lo habrá reconocido? El tenía pocos amigos. Los amigos de él, seguramente, no andaban a esa hora, a pie, por

las calles de Buenos Aires. No obstante, uno, no más que lo viera, sería suficiente. ¡Qué atroz! ¡Ahí mañana, este mismo día me voy, sí, me voy, repeticion los huesos de la cabeza. ¡No quiero nada. No, ni una corbata, ni un pañuelo, ni un centavo!

Una aparición intempestiva, como surgida cerca del cristal que lo separaba del mundo, le desarrejó sus pensamientos, ahogó todas sus palabras sin sonidos. Fue el infinito fragmento de un ensueño. Una mujer. Una de esas mujeres que se pueden dividir en dos partes. Una para el espíritu. Otra para los sentidos. Vestida para estar desnuda. Sonriente para ser triste. Estaba cerca, muy cerca. Lo miraba, Marcos Suss había desviado sus ojos, los había apartado quién sabe de dónde para mirarla apenas, sí, la fracción de un segundo, porque sus ojos estaban también afeitados, comprados por la New Star. No la podía mirar. Y ella, estaba allí, cerquita. Una lucha tenaz, a pedazos, se libra-

ba en Marcos Suss. Una lucha impaciente y ocultamente dramática. El maniquí y el hombre.

Una dualidad feroz, una reyería trágica entre personalidades modernas. Una mujer, nada más que inesperada, demasiado viviente, pero sobre todo inescrutable, como son todas las causas que llamamos generalmente destino, le había planteado una definición terrible. Era la primera. ¿Hombre o manequí?

Luchando, otra vez, se perdió su mirada allá lejos. Sus pupilas resbalaban sobre las cabezas de la muchedumbre que miraba un manequí. No quería pensar, no podía pensar que diría esa gente. Ella no sabía nada del "brumoso cuartelón", de "Estrellita". La gente no analiza nunca para hacer un juicio. El enjambre callejero llevaba sordamente a sus oídos. Todo ese farrago, esa farándula, la anónima, lástimos que acicatean el progreso, la civilización, están representadas por mí, decía Marcos Suss. Sí, por mí. Yo soy un símbolo. El símbolo de la vanidad. Se hacía una confusión de conceptos. Andaba por su memoria algo de lo que se dice aniquila la existencia del hombre, que lo ha rebajado, bajo y estrecho como la escena de un gran-guignol? No, no podía. Pero él se moría, se volvía loco. ¿Quién lo habrá reconocido? El tenía pocos amigos. Los amigos de él, seguramente, no andaban a esa hora, a pie, por

las calles de Buenos Aires. No obstante, uno, no más que lo viera, sería suficiente. ¡Qué atroz! ¡Ahí mañana, este mismo día me voy, sí, me voy, repeticion los huesos de la cabeza. ¡No quiero nada. No, ni una corbata, ni un pañuelo, ni un centavo!

Una aparición intempestiva, como surgida cerca del cristal que lo separaba del mundo, le desarrejó sus pensamientos, ahogó todas sus palabras sin sonidos. Fue el infinito fragmento de un ensueño. Una mujer. Una de esas mujeres que se pueden dividir en dos partes. Una para el espíritu. Otra para los sentidos. Vestida para estar desnuda. Sonriente para ser triste. Estaba cerca, muy cerca. Lo miraba, Marcos Suss había desviado sus ojos, los había apartado quién sabe de dónde para mirarla apenas, sí, la fracción de un segundo, porque sus ojos estaban también afeitados, comprados por la New Star. No la podía mirar. Y ella, estaba allí, cerquita. Una lucha tenaz, a pedazos, se libra-

ba en Marcos Suss. Una lucha impaciente y ocultamente dramática. El maniquí y el hombre.

Museo de la Confusión

—¿Y este bulto sobre el pecho? —Devuelvémelo, señora. Son cartas y versos de amor que había cosido al forro.

Después de leer este negocio se me ocurrió que tenía cierta similitud con determinado pasaje de una obra del malogrado escritor Bizonte de Toscana-Legui, pasaje que trataba de la funesta adquisición, por parte de otra compraventa, de una camiseta a rayas en estado de putrefacción. Acudí a la biblioteca correspondiente, abrí el tomo en la página 44 y hallé el facsimil.

Se expresaba como sigue: Ropavejera, ¿qué me ofrezcas por esta camiseta?

(La audaz observación del vizconde, colocada entre paréntesis, no figura en el texto original).

—Es añeja. Está desencolada.

—Nació en camiseta. Somos del año 70.

—Huele a reno.

—Ha dormido en los prados de la Rinocera.

—Huele a pizza, a fainá, según la agite.

Fui con ella a Barzaco. Comimos sobre el puente Alsina. La América no es Trieste.

—Le falta una manga.

—Extralimitaciones de un mangangá.

—La otra tiene un zarcillo negro.

—Anduvo por el suelo en la calle Lacarria.

—Ni los dobladillos están en buen estado.

—Me tenían abyecto.

—Tiene un orificio en el tercer espacio intercostal.

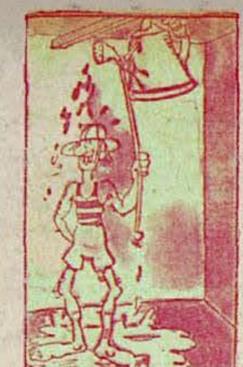
—De un puntazo. Un enemigo quiso achurarme un concepto.

—¿Y este bulto sobre el pecho?

—Entrégumelo, m a d a m e.

Son un mazo de cartas marca Angello, el archivo de Indias, un tratado de medicina legal y algunas rimas de amor y de morir que había perdido en las entretelas.

Después de esto, no creo necesario insistir sobre las verdaderas fuentes de inspiración del plagióstomo. En el daguerrotipo titulado Croquis (que lo mismo



EN el Home Sweet home del 16 de febrero, con acompañamiento de señoras románticas, aparecieron ciertos Daguerrotipos Románticos, apadrinados por un señor Vizconde de Lascano Tegui. Como la ciencia aun no ha dado su última palabra y los expertos abocados al asunto, tampoco, me limitaré a decir que sobre la debatida cuestión de si el vizconde es un francmasón o un francmasón, se guarda aun la más absoluta reserva, no acontece lo mismo en el referente a la difundida obra del heráldico. Los químicos, buenos y entendidos, encargados de dar su fallo, han declarado abiertamente que los diversos tomos sometidos a examen, desvirtúan las sospechas de que se trataba de valiosos incunables, respondiendo que más bien se trataba de todos los síntomas de varios incurables. Uno de los daguerrotipos más interesantes, por su conversación, es el titulado El frac romántico. Se trata de un diálogo entre el nebuloso francmasón en trance de nudismo y una ropavejera. Comienza así:

—Ropavejera (las mujeres, a fuerza de moler la moda, saben despreciar las ropas usadas), ¿qué me ofrezcas por este frac?

—Es viejo. Está desventajado.

—Tiene mi edad.

—Huele a heno.

—Ha dormido en los prados de la Finojosa.

—Huele a especias, según la mueva.

—Fui con él a Indias... Volví sobre el puente de la nave. La América es triste... Las criollas son bellas.

—En la manga tiene un zarcillo negro.

—Lleva el duelo de don José María de Larra.

—Sólo los bolsillos están en buen estado...

—No tenía objeto.

—Tiene una espalda agudeada.

—De un pistoletazo. Un enemigo político quiso matarme una idea.

se pudo haber titulado Noquis), me llamó la atención lo siguiente:

...y un guardiamarina, don Guillermo Brown, de nación irlandesa, de calidad distinguida y salud quebrantada, que, con el catalejo sobre la nariz, encargado de ordenar la maniobra, olvidaba cumplir su deber habiendo descubierto con su lente a una sirena extendida en la playa.

Es indudable que muy quebrantada tiene que hallarse la salud de una persona que con el objeto de observar una sirena extendida en la playa se coloca el catalejo sobre la nariz y más aun si esa persona es un reconocido hombre de mar, habituado a usar dicho aparato. Lo que a mí parecer ha ocurrido en el presente daguerrotipo, es que el vizconde ha confundido al guardiamarina Guillermo Brown con ese otro guardiamarina tan conocido que se llamó Frank Brown y que tenía la costumbre de pararse catalejos sobre la nariz, megafonos sobre los ojos, bicheros en la coronilla mientras se enjugaba tranquilamente las lágrimas que le caían de las orejas y agradecía los aplausos estridentes de las niñas y demás personajes del auditorio.

En la revista "Para Ti" del 20 de febrero, se hizo presente un cuento titulado El muro invisible, por Vivien R. Bretherton. Describiendo uno de los personajes, expresaba:

Sara Kenniston era una mujer fuerte, ágil; un espíritu lírico que ponía en los pequeños objetos toda la poesía de sus sentimientos; los pájaros y las flores habían sido siempre sus mejores amigos, sus mejores consejeros.

Dudo que un pájaro o una flor constituyan los verdaderos preceptores de una dama, por más ágil y lírica que sea. Se corre el peligro que un día u otro a la dama, influenciada por la flor le dé por multiplicarse por medio de estambres y convierta la casa en un receptáculo de polen y de otras polvaredas mientras inútilmente permanece en el invernáculo, dentro de una maceta, soñando con podas, injertos y bichos canasto.

La influencia del ave precocinando nidios de barro, huevos caseros, incubadora, cama jaula y alimentación a base de

cierta revista se ha dedicado a la solución de los problemas sociales de los lectores.

Sobre la atención de los jóvenes con los vejestorios se dan algunos consejos:

Encontrándose de visita, no se levantará de su asiento cuando entran caballeros jóvenes, pero lo hará e irá al encuentro del recién llegado (si es muy amigo), siempre que éste sea anciano. Igualmente evitará que eche cualquier cosa molesta, como trasladar una silla, recoger algo que se haya caído, cerrar o abrir una puerta, etc.

Al anciano hay que prohibirle todo, si la dentadura postiza se le ha caído sobre la alfombra de Smirna, es bueno poner el pie sobre ella, evitando que el octogenario la recoja. Si lo que se ha caído es una puerta (cerrada o abierta) y el anciano se encuentra debajo de ella, haciendo esfuerzos sobrehumanos para trasladarse a una silla, la joven debe impedir por todos los medios que el anciano levante la puerta.

Verdad, pero de todas maneras una prueba — ningún documento histórico, me ha asegurado el Sr. Bourdais, permite establecer dónde se encuentra actualmente la cabeza de Enrique IV. Ningún relato, ningún acto, llama la atención sobre su presencia en alguna parte. Se sabe que ha desaparecido cuando la violación de los sepulcros, durante la Revolución. Mas los historiadores ignoran por completo qué ha sido de ella.

Desde entonces, el Sr. Bourdais, fotógrafo de Montmartre, se puso—si se me permite emplear expresión tan osada— en familia con la cabeza del Bearnes.

Ha consagrado su vida a ese vestigio mortal. Lo poco que gana lo consume íntegro en la adquisición de volúmenes sobre Enrique IV, de tesis, hábilmente descubiertos entre los desvanes de los "bouquinistas", de grabados, de estudios históricos. Cuando viaja, lleva con él la cabeza de Enrique IV en una caja de abeto destinada para clasificar los clisés 18 por 24. Pero, en razón de las circunstancias, esta caja vese tapizada con terciopelo violeta, el color de duelo de los reyes.

Algunos centímetros separan el lecho del tabernáculo donde descansa el jefe ilustre. M. Bourdais duerme con un solo ojo. Cumple piadosamente, cada noche, la velada fúnebre. Cuando va al mercado para su modesta compra, lo persigue el temor de que esta cabeza pudiera serle infiel. Y es con un suspiro de alivio que la vuelve a encontrar a su vuelta. No sólo es un caso de unión milagrosa, de apasionada consagración; es casi un caso de encantamiento.

Esse cráneo apergaminado desprendido del tronco por los violadores revolucionarios de los sepulcros, ha sufrido misteriosas aventuras. Vedle allí, logradado ahora el asilo, la paz, en una barraca donde un buen hombre se instituyó la vestal de un recuerdo, el gran sacerdote de un rito lleno de respeto y de amor.

Acaso vosotros juzgaréis que esta cabeza de Enrique IV, cuya autenticidad parece difícil ser confirmada, estaría más en su sitio en el Museo del Louvre o en una basílica.

Mas yo creo que está bien que Enrique IV permanezca en Montmartre.

Caramal El Rey Galante.

En la revista "Para Ti" del 20 de febrero, se hizo presente un cuento titulado El muro invisible, por Vivien R. Bretherton. Describiendo uno de los personajes, expresaba:

Sara Kenniston era una mujer fuerte, ágil; un espíritu lírico que ponía en los pequeños objetos toda la poesía de sus sentimientos; los pájaros y las flores habían sido siempre sus mejores amigos, sus mejores consejeros.

Dudo que un pájaro o una flor constituyan los verdaderos preceptores de una dama, por más ágil y lírica que sea. Se corre el peligro que un día u otro a la dama, influenciada por la flor le dé por multiplicarse por medio de estambres y convierta la casa en un receptáculo de polen y de otras polvaredas mientras inútilmente permanece en el invernáculo, dentro de una maceta, soñando con podas, injertos y bichos canasto.

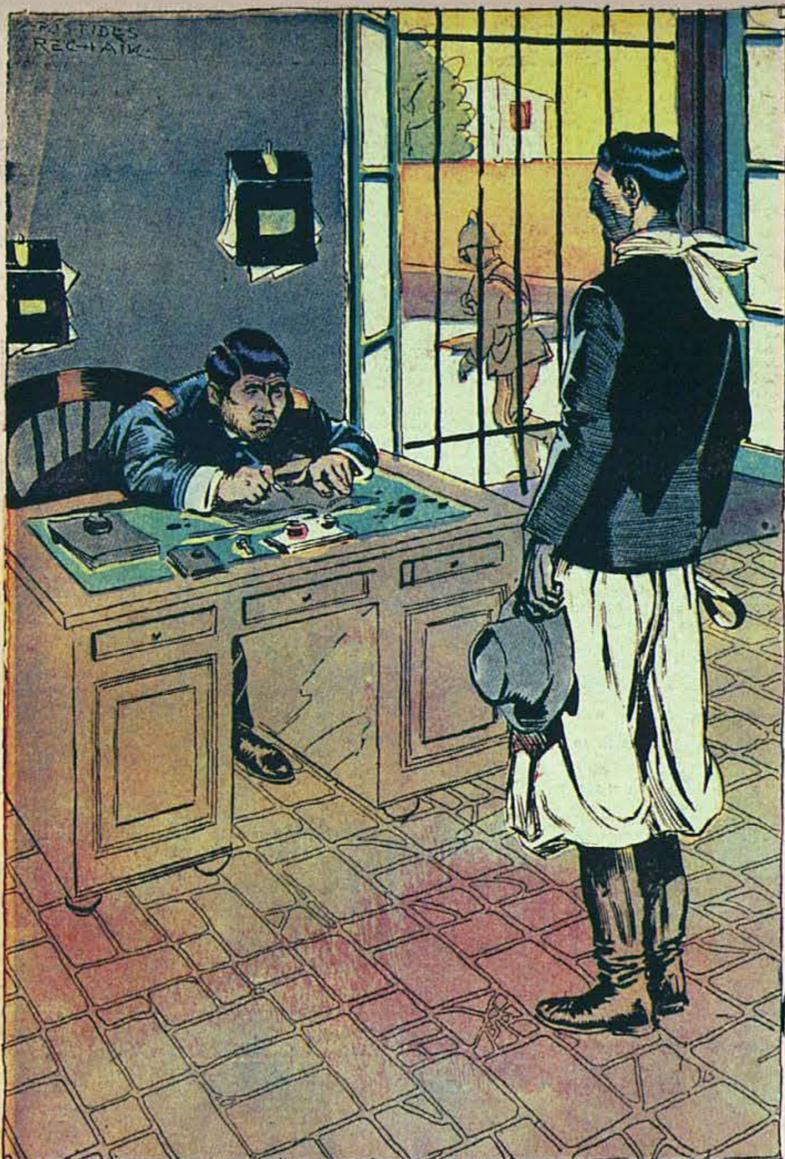
La influencia del ave precocinando nidios de barro, huevos caseros, incubadora, cama jaula y alimentación a base de

cierta revista se ha dedicado a la solución de los problemas sociales de los lectores.

Sobre la atención de los jóvenes con los vejestorios se dan algunos consejos:

Encontrándose de visita, no se levantará de su asiento cuando entran caballeros jóvenes, pero lo hará e irá al encuentro del recién llegado (si es muy amigo), siempre que éste sea anciano. Igualmente evitará que eche cualquier cosa molesta, como trasladar una silla, recoger algo que se haya caído, cerrar o abrir una puerta, etc.

Al anciano hay que prohibirle todo, si la dentadura postiza se le ha caído sobre la alfombra de Smirna, es bueno poner el pie sobre ella, evitando que el octogenario la recoja. Si lo que se ha caído es una puerta (cerrada o abierta)



Cortando Campos

EN aquel pueblucho del Sur de la provincia, se deslizaba la vida de sus pobladores con la misma monotonía y característica de los otros pueblos similares. El movimiento comercial, algo escaso, se defendía con la exportación de los productos ganaderos y las cosechas de cereales, cuando el tiempo no las malograba.

Pero, en el orden político, la vida ciudadana estaba a merced de su caudillo que, en este caso, se caracterizaba en el comisario Farias. Era este personaje, en su estampa y en sus procedimientos, el prototipo de los despotas seminalfabetos, de los que por desgracia quedan algunos ejemplares por nuestra campaña, siendo un baldón para nuestra política criolla, como algunos dan en llamarla despectivamente.

El chino Farias — como así se le llamaba — llegó allí "del poble grande", según dicen sus pobladores, antes de las dos últimas elecciones y, desde entonces, todo marcha a capricho y dominio de su compinche: el juez de paz.

Desde entonces, la justicia y la tranquilidad son un mito en aquel lugar, máxime cuando está en auge el padrón electoral, donde se ha de hacer triunfar al candidato impuesto por la filiación política de estos dos personajes, que hacen presión sobre los ciudadanos que aspiran a la libertad del sufragio.

Entre aquellos pocos ciudadanos que sostenían esos principios se encontraba el resero Braulio. Era éste un tipo de criollo bien plantado y de ley, con todas las dotes del antiguo gaucho. Noble y generoso. Poseía alguna instrucción cívica, adquirida en sus tantas correrías por todos los pueblos de la República, en su misión de llevar hacienda de un punto a otro.

Más tarde, después de sus andanzas por esos campos de nuestra pampa, contratose con el hacendado Godoy quien, apreciando las cualidades personales y profesionales, decidió tenerlo para su exclusividad, con el objeto de que le trasladara los vacunos al punto de venta, encargándose también de la doma, durante su estadía en la estancia, mientras le hacían el aparte de sus reses.

Allí fue donde conoció a Rosaura, — hija de un viejo puestero viudo, — criollita hermosa y sencilla, que unía a los encantos de su tez morena, la mata de sus cabellos negros como sus ojos. Su figura gallarda y su cuerpo cimbrante al andar, cual el balanceo de los cañaverales, hizo que Braulio se enamorara. Y una tarde, cuando el sol agonizaba por detrás de los paraísos y en los pastizales se reflejaba el arbol, Rosaura le brindaba un mate cariñosamente, mientras que Braulio desbordó todos sus

quereres al oído de ella, y apretando contra su pecho las dos timidas torcazas de sus senos, sellaron aquel idilio con el chasquido de un beso. La noche los envolvía. El aroma de las flores silvestres embalsamaba el ambiente. El chajá se anunció pasando por encima de ellos. Luego, sólo reinó el murmullo de los insectos y alguno que otro juramento de amor.

Meses después, Braulio y Rosaura, que habían unido sus vidas, vieron coronados sus sueños con el fruto de un hijo. Y he aquí que en este punto de nuestro relato ellos residen en el pueblito, viéndose acosados continuamente por el comisario Farias quien, entusiasmado por la belleza de Rosaura, se propone hacerla suya, pero exacerbad por la indiferencia de ella, descarga todo su odio en Braulio, acusándolo de rebelde y de causante de toda la oposición que los peones del campo y de la estación hacen al candidato de él para la cercana elección.

En el momento que se retiraba por la puerta del fondo, el vigilante que le había estado cebando mate al comisario, apareció Braulio en el marco de la puerta de entrada, después de haber atado su pañaré en el palenque de la comisaría.

El chino Farias, echado con casi todo el busto sobre el escritorio en que escribe, borro-neaba un expediente y, de vez en vez, quedábase pensativo, masticando nerviosamente la punta de la lapicera, quizá dudando de la ortografía de las palabras o tal vez en la astucia que debía poner en juego en aquel sumario.

Fue en uno de esos intervalos cuando reparó en la silueta altiva de Braulio que, mirándolo fijo y avanzando, le dijo a boca de jarro:

— ¡Y güeno! Aquí me tiene y diga pa qué me llama.

Viendo Farias que tenía que vérselas con un carácter difícil de dominar, se revistió de energía, asumiendo una actitud un tanto arrogante y contestó:

— Mirá, t'he mandao llamar pa recomendarte qu' ésta es la última cita que te haqo.

— Hast'aura no sé de qué se trata.

— Vos sabés muy bien que la paisanada no me responde como antes en cuestión de elección, y eso yo lo atribuyo y lo he sabido por buen conducto, que se debe a los consejos que les das vos.

— Eso será porque los tiempos cambian y ya no se dejan engañar con un asao con cuero y unas copas de vino.

— Y a vos qué te importa todo eso?

— A mí nada. Pero por eso

no tengo que ocultar mi manera de pensar libremente y de demostrarles que es necesario que en este pueblo se acaben las injusticias, votando ellos por quien se les antoje.

— ¡Ahijuna con el gauchito! ¡Aura me vas a resultar un anarquista!

(Para Farias todos los opositores eran anarquistas).

— Yo no sé qu' es eso que usté dice. Sólo sé que se debe votar por quien a uno se le antoje y no por el que usté imponga por la juerza.

— ¡Yo te voy a dar rebeldía, gaucho de porra! — dijo Farias enfurecido, e incorporándose del asiento, agarró el rebenque que tenía al borde del escritorio con un gesto amenazador.

— ¡Tenga cuidado y no haga que me pierda! — contestó Braulio, entre nervioso y calmado.

Pero el chino Farias, viéndose casi humillado y queriendo hacer prevalecer su autoridad antes que todo, avanzó hacia él enarbolando el talero de su rebenque, como para pegarle en la cabeza.

Braulio, como adivinando la intención, paró el golpe con el suyo, diciéndole un poco burlo:

— ¡Guarda con el alambrao, que se v'apinchar con las puás!

Viendo Farias la inutilidad de su propósito, retrocedió hacia el cajón del escritorio y sacó un revólver al mismo tiempo que apuntándole, le dice:

— ¡Entregate y dame tus armas!

Braulio reflexionó unos segundos y pensó que al entregarse perdía su libertad y dejaba el campo libre para que éste siguiera haciendo en el pueblo sus fechorías. Por eso, sin darle tiempo a que tirara, se avalanzó sobre él, sepultándolo en el pecho su cuchillo, y con la rapidez de un rayo, salió afuera y montando en su pañaré, perdióse de vista del vigilante, que absorto de sorpresa, se quedó como petrificado en la puerta de la comisaría.

Mientras tanto, allá lejos, cortando campos, esos campos que tantas veces Braulio había contemplado tranquilamente en sus amaneceres, se perdían caballo y jinete, envueltos en una nube de polvo.

Y al piafar de su caballo y al latir de su corazón dolorido por la pena de dejar los seres queridos, pensaba para sí:

— Si mi desgracia es la de andar matreñándome a la policía, me queda el consuelo de haber pisao una yerba mala, librandome al pueblo de un caudillo.

Y el pañaré, jubiloso, seguía cortando campos. Campos vírgenes que algún día darían sus frutos fecundos, por las manos del ciudadano libre, tal como lo soñara Braulio.

BRUNO GOMEZ
Ilustración de Rechain

LASTIMA QUE PERDI MI HACHA AHORA NO PODRE DEFENDERME

HAY QUE BUSCAR UN GARROTE; TENGO UN HERMOSO PLAN TE LO EXPLICARE CUANDO SUBAMOS A ESE ARBOL.

¿VES? ELLOS ESTAN DEBAJO DE NOSOTROS ¡SILENCIO!

¡QUE INTELIGENTES SOS!

JEFE; MIRE LO QUE TRAJIMOS.

DEJENLA POR MI CUENTA.

ANDA A LA ORILLA DEL RIO A LLAMAR A LOS DEMAS HOMBRES. TENEMOS QUE VOLVER.

SOLTALA, OGU.

BUENO.

SI PUDIERA ENCONTRAR A JAZMIN

PARECE LA VOZ DE PELOPONESO.

¡OH! ES PELOPONESO.

ATAJATE ESTA

¿COMO LLEGASTE HASTA AQUI?

¿Y JAZMIN?

NO SE DONDE ESTA.

VOYA A PROBAR ESTE APARATITO QUE LE QUITEA A LOS MUCHACHOS

¡AY!

SUBAN RAPIDO A UN ARBOL.

SUBI PRONTO, NENA.

NO TIRES; ES JAZMIN.

QUERIDO JAZMIN, CUANTO ME ALEGRO DE VERTE!

CREO QUE AHORA NOS IRA TODO BIEN TU TIENES QUE ENSAYAR TU PUNTERIA CON ESTA NUEVA ARMA.

¿ES ASI COMO HAY QUE TENERLO?

SI

¿QUE HOMBRE TIENE LA MANO MUY FUERTE, PERO LA CABEZA MUY DEBIL.